



El hombre que vivió dos veces
Por ALEJANDRO LARRUBIERA

El Cuento Semanal

Ilustraciones de Manchón

El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.--MADRID

Apartado de Correos 409.

Director literario: EMILIO CARRERE

AÑO V.-3 de Noviembre de 1911.-NÚM. 253

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 80 céntimos.

LA COIFFURE DE PARIS

(PELUQUERIA DE SEÑORAS)

Postizos París invisibles.—Ondulación natural.
Peinados alta fantasía.—Bisofé París, creación
de la casa.

CORREDERA BAJA, 19
(JUNTO Á LARA)

Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (proba-
da durante muchos años) para corregir las alteracio-
nes del sistema nervioso. Su preparación en píldoras
facilita el uso y no hay NEURASTENIA que se resis-
ta á su poder. Recházese toda caja que no sea de
lata y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martín Velasco y Comp.ª

LEASE BIEN EL PROSPECTO

García Guerra, Hijo

JOYERIA MODELO

Pulseras de pedida desde 40 pesetas.—Objetos
de plata para bodas y regalos

3, LUNA, 3

REMEDIO DIVINO

ANTIRREUMATICO infalible en todas las manifes-
taciones de tan general y molesta enfermedad. Su
éxito es seguro; á la primera fricción atenúa el dolor
por intenso que sea, y con muy pocas más desapare-
ce. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado.
Pesetas, CINCO el frasco

Fábrica de corbatas

CAMISAS, GUANTES, GENEROS, DE PUN-

TO, ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo :: CAPELLANES, 12 :: Precio fijo

PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaína

Su preparación esmerada y exacta dosificación las
acredita desde hace más de 15 años como el mejor
medicamento para la garganta, el más agradable de
tomar y el mayor calmante DE LA TOS. No contienen
opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y
evitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1,50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTIN Y C.ª

MADRID, Calle de Alcalá, 9, MADRID

COMPRO Y VENDO ALHAJAS

ANTIGÜEDADES, MAQUINAS DE ESCRIBIR
Y FOTOGRAFICAS, PIANO PIANOLA, ESCO-
:: :: :: PETAS Y BICICLETAS :: :: ::

AL TODO DE OCASIÓN

Fuencarral, 45

LUZ NUEVA

Sin instalación de cañerías ni gasómetros se
puede tener una luz de incandescencia superior
á la de gas de hulla.—Es inexplorativa, no produce
humo ni olor.

UNICO CONCESIONARIO EN ESPAÑA

LAORDEN Y C.ª

Calle de Atocha, 43, MADRID

NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

EL DEL ROCIO

Ayuntamiento de Madrid

POR ARTURO REYES

EL HOMBRE QUE VIVIÓ DOS VECES

(HISTORIA INCREIBLE)

I

Me traen loco los jóvenes ateneístas de la flamante Sociedad literario-filosófico-musical *La Abeja Hispana*, fundada en los Madriles con el «luminoso» propósito de servir de antorcha en el camino que ha de recorrer la juventud intelectual de nuestra Patria, sumida en las sombras del obscurantismo y de la barbarie, según declara en todos sus discursos nuestro excelentísimo señor presidente, que no es literato, filósofo ni músico, á Dios gracias: es sólo un tío de campanillas en la política, y, por lo tanto, declarado queda su suficiencia para presidir esta y otras muchas *Abejas* por el estilo.

En el *Spoliarium*, un saloncito tapizado de rojo y del que cuelgan pinturas modernistas con Evas alfenicadas, larguiruchas, y Adanes esqueléticos y tristes, que lucen su desnudo que nada tiene que envidiar á la lechuga por lo verdoso, se reúnen los terribles *abejorros*, como yo designo á los literatos, filósofos y músicos en agraz, jovencitos melenudos, escualidos, con cara de acelga, sin asomo de bigote y que fuman en pipa, y los cuales jovencitos dicen cosas estupendas que me azoran é indignan, poniendo en tensión mis nervios; que, al fin y á la postre, yo, pobrecito de mí, vine al mundo cuando el viajar en galera tenía por maravilla, y hogaño, esta generación intenta volar como los pájaros; el contraste no puede resultar más tremendo.

Todo lo niegan estos señoritos: sus lenguas son piquetas demoledoras de lo tradicional y respetable; á creer lo que ellos afirman, en nuestro planeta no se crían más que «congrisos», «besugos» y «percebes». No hay reputación en la que no hinquen sus dientes rabiosamente, ni obra del humano ingenio á la que no le pongan un sambenito.

«Cuántas veces un servidor de ustedes (conserje por sus pecados de esta Sociedad «luminosa»), que cree en Dios, en su Patria y en otras muchas cosas en las que creen los españoles de cepa castiza, ha estado á punto de ponerle las narices á uno de estos mocosos modernistas como el remate de la baqueta de un bombo! Pero la visión nefanda del puchero—el gran tirano de los po-

bres—, volando desde la conserjería de la *Abeja* á la calle, ha refrenado el fiero impulso de mi indignación. ¡Señor, lo que tiene uno que ver, oír y aguantar en este cochino mundo, para comer el cotidiano cocido y dormir bajo techado!...

Hoy ha habido en el *Spoliarium* una acalorada discusión: los señoritos de la cachimba, los *abejorros*, han vociferado hasta enronquecer. ¡Qué gritos! ¡Qué manoteos! Y todo para afirmar que el *homo sapiens* es un animal de costumbre que si viviera cien vidas, en todas y en cada una repetiría las mismas necedades, sin que le sirviese de nada la experiencia adquirida en existencias pretéritas.

Bueno; yo, que curiosamente asistía á la discusión, hubiera metido la cucharada para impugnar la tesis que se discutía... pero mi misión, que es privativa de sabios y de conserjes, es la de ver, oír y callar.

¡Si se volviera á nacer!...

En seguidita iba yo á acabar mis días como argos de una grillera literaria, filosófica y musical como *La Abeja Hispana*. ¡Como no, morena!

Tales y tantos disparates oí en boca de aquellos pollitos que al romper el cascarón y poner el pie en el mundo se las daban de Mentores y Catones, que cuando me retiré á mi nidal de la conserjería parecía tener dentro de la mollera una olla de grillos.

Al meterme entre sábanas me enredé en un largo soliloquio—que sabido es que los viejos y los locos parlan á solas—, refutando las premisas que en la discusión asentaron los señores socios de *La Abeja Hispana*. Me quedé dormido repitiendo la frase que continuamente enjaretamos si el rumbo del vivir no se ajusta á nuestros deseos:

¡Si se volviera á nacer!...

Un servidor de ustedes había muerto lo más naturalmente que puede morir un pobre diablo de conserje solterón y vejestorio, sin familia ni perrito que le ladre. Aun cuando en la «hora fatal» se me ocurrieron frases filosóficas dignas de ser perpetuadas como aquellas de los genios que en el mundo han sido, no dije esta boca es mía. Cerré

los ojos para no ver la cara de circunstancias que ponían los que me rodeaban: un portero de *La Abeja*, su mujer y una comadre de la vecindad. Como buen cristiano, me encomendé á la Divina Misericordia, y refunfuando: «¡Ahí te quedas, mundo amargo!», lancé un suspiro y...

Ocurrióme algo extraordinario, increíble, que supongo no le haya ocurrido á mortal ninguno en tan fiero lance, digno de ser descrito por la genial y fantástica pluma de un Hoffmann, de un Edgardo Poe ó de un Gautier.

Fué el caso, señores míos, que yo, aunque me había muerto, no me había muerto, galimatías que procuraré poner en claro, lisa y llanamente, sin meterme en camisa de once varas de indigesta erudición ni cansar á los que tengan la comodidad de leerme con sutiles y sofisticas disquisiciones que pretendieran justificar lo injustificable, que, al fin y al cabo, no es un sabio el que habla, sino un humilde conserje, sin capacidad intelectual para tamañas elucidaciones.

Sin duda la Suprema Voluntad dispuso que mi espíritu hiciese una nueva jornada por este valle de lágrimas. Y el viejo, calvo y asmático conserje quedóse rígido, frío y amarillento en su modesta cama de la conserjería, y su psiquis, al fin mariposa, en vez de remontarse á lo alto, voló rauda por las calles matritenses, aposentándose en el cuerpo de un recién nacido.

Mi espíritu de sesentón daba vida á un rorro. En el latir de un segundo, mi cuerpo rugoso, lleno de alifates y cansado—que pronto pudriría—, veíale trocado por el tierno y delicado de un mamoncillo.

Tal fué mi avatar, transmigración ó metempsicosis, ó como se diga tan peregrino cambio de domicilio del alma.

Al asomarme de nuevo á la vida, con los ojos enturbiados por el llanto, y ver la escena que ofrecía la alcoba de la parturienta, mi segunda mamá, comprobé, *motu proprio*, que el comienzo de la humana existencia es ridículo, como afirma Voltaire en no sé dónde.

Me lavaron, me fajaron, me besó con amor de madre la que debía serlo para mí, y el médico, un señor de luengas y plateadas barbas, rechoncho y con gafas de oro, dijo, resoplando, no sé si de cansancio ó de satisfacción:

—¡La enhorabuena, generala! ¡Es una hermosa criatura!

Estuve por replicarle, si hubiese podido hablar: «¡Adulador!», porque yo me veía en la luna de un ropero, en un estado de fealdad lamentable, tan coloradote, tan chatito, con ojos de pitimini; parecía, no una «pepona» de feria, sino un «pepón».

Una joven no mal parecida, de espléndida curvatura y que olía á manzana, el ama, me cogió en brazos. Salimos de la alcoba el médico, la nodriza y un servidor de ustedes, y dimos en un gabinete lujosamente amueblado, en el cual había un señor viejo, enjuto de carnes, de aspecto grave, acurrucado en un sillón, y, de pie, á su lado,

un buen mozo que lucía el vistoso uniforme de húsares y el cordón de ayudante de órdenes de un príncipe de la milicia.

—¡Mi general, la enhorabuena! ¡Una hermosa criatura!—repitió el tocólogo frotándose las manos.

El general dirigió hacia donde yo estaba una mirada que me dejó frío. Con voz asmática preguntó:

—¿Chico?...

—¡Chico!—afirmó el galeno.

—¡Más vale así!—suspiró mi señor papá volviendo á acurrucarse con glacial indiferencia. El guapo mozo acercóse á mí y dijo entusiasmado:

—¡Una alhaja, mi general! ¡Qué chico tan hermosote!...

El general, por toda réplica, encogióse desdeñosamente de hombros, y en sus ojillos fulguró esa mirada inconfundible que pone un cruel recelo.

Presentí en mi hogar uno de tantos dramas íntimos como Cupido se complace en producir, y que podría titularse á lo clásico: «Amor requiere lozanía, ó el viejo, la dama y el galán.»

Desde el primer momento de mi segunda existencia noté con terrible inquietud la dualidad espantosa entablada entre mi espíritu y mi cuerpo: soy un *bebé* de sesenta y pico de años, algo incomprendible y fenomenal. Mi físico se halla supeditado á todas las leyes biológicas, y en él, como en una cárcel, hallase aherrrojada mi inteligencia de hombre experimentado que ha corrido mucho y sabe dónde le aprieta el zapato.

Siento hambre, supongamos, y quiero decirselo á mi nodriza (que sólo se acuerda de que lo es cuando me desgañito). Bueno; pues aun cuando me parezca muy ridículo é impropio de mi seriedad espiritual, tengo que poner en acción, si no quiero morir de hambre, el adagio de quien no llora no mama. Protestaría de verme enfundado, como una momia egipcia, y á mis horas acudiría á lugar adecuado para permitirme ciertos inevitables desahogos fisiológicos, y, sin embargo, como no puedo hablar ni valerme de mis remos, perfume, lo más bellacamente posible, la envoltura que me oprime.

A ratos me quedo embelesado contemplando á la montañesuca que me amamanta, y como es una realísima hembra, de ojos parlanchines y labios rojos, con cutis de azucena, que huele á manzana, se me ocurre decirle una de esas barbaridades admirativas que tanto gustan de oír las zafias lugareñas... ¿Con qué lengua se lo digo, si la mía aún no sabe modular siquiera «papá», «mamá» y «tata»—que es lo primerito que dice un ciudadano que usa sonajero?...

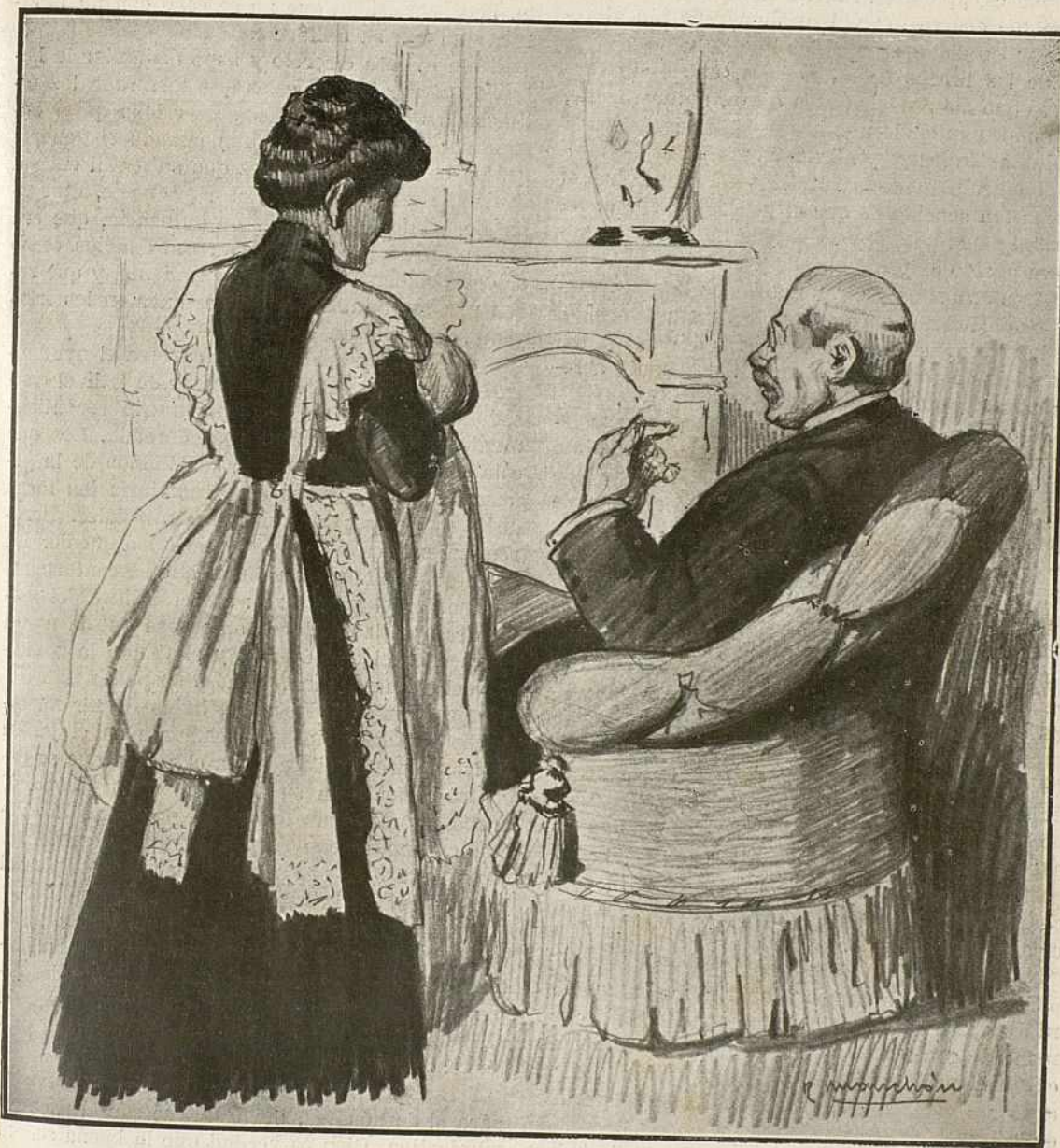
Menos mal que cuando me veo en sus brazos procuro desquitarme de mi forzado silencio besuqueándola de firme, y siempre la montañesuca dice asombrada, dándome un beso y apartándose de su rostro:

—¡Demonio del crío, y qué cariñosuco que sale!...

En mi anterior existencia ningún cajista se tomó la liviana molestia de componer mi nombre, lo cual arguye que no fui escritor, político, cómico, torero ni danzante, ni la Actualidad, diosa del periodismo, jamás lo puso en candelero.

vieron su natural y digna representación en la magna solemnidad religiosa de mi entrada en el seno de la Iglesia.

Papá, de gran uniforme, me dirige miradas afectuosas, y ríe con íntima satisfacción cuando



En esta metempsicosis que me complazco en referir, para pasmo y asombro de quien me lea, ya es otro el cantar...

La Prensa, á propósito de mi bautizo, habla del robusto y hermoso infante hijo del bizarro general. Fué acontecimiento notable en la vida del gran mundo... madrileño. Sus amables cronistas adornaron mi personilla con los adjetivos y flores de ritual en parecidos casos, satisfaciendo la vanidad de mis papás y la mía, que estas dulces mentiras siempre resultan agradables, porque, aquí, en secreto, soy feito de veras.

La aristocracia del talento, de las armas, de la sangre y del dinero, según el consabido clisé, tu-

le dicen, señalándome: «Es su vivo retrato, general.»

Ha habido un espléndido *gaudeamus*, ó si lo prefieren ustedes en inglés, por ser más comprensible, un *lunch*.

Se me iban los ojos tras las bandejas repletas de golosinas. ¡De qué buena gana las hincaría el diente... si tuviese dientes! A nadie se le ha ocurrido obsequiarme con un emparedado, ni con un dulce, ¡con lo que me gustan á mí las yemas de coco!... Lo que sí he recibido han sido muchos, muchísimos besos. Dios se lo pague á las muchachas guapas que han puesto en mi cara los ardorosos claveles de su boca. No muy cortés ni in-

fantilmente por cierto, he rehuído parecidas demostraciones afectuosas de caballeros y damas vetustas.

Señores, ¡qué gran sainete es la vida!

Se me ocurre tan vulgarísima reflexión al recordar los diálogos y gestos que he visto y oído, desde los brazos de mi nodriza, al selecto concurso que me rodeaba, bien ajeno, naturalmente, de que los entendiera el héroe de la fiesta.

Ha habido frases y miraditas maliciosas—cuando no brutalmente sarcásticas—á propósito del hecho tan sencillo de que el general, á sus años, sea mi papá. ¡Ah, si esta lengua mía de *bebé* hubiera podido emplearse!...

Otros señoritos y otras damiselas han murmurado del «dunch», encontrándole vulgar y sórdido, mal servido y con un «champagne» detestable, sin perjuicio de darse hartazgo de todo cuanto arrebañaba sus manos.

Pero todo es nada ante la emoción que me ha producido ver entre los invitados al excelentísimo señor presidente de *La Abeja Hispana*, seguido de García, un pobre diablo al que en mis tiempos de conserje hube de colocar de ordenanza en la su-sódicha *Abeja*.

De retorno de la iglesia, subíamos la escalera de casa y le oí decir: «El imbécil de Peláez.» Como este imbécil era yo, reconcentré mi atención en el diálogo que sostenía con uno de los asistentes de papá, conocido suyo. Hablaba de mi muerte y de las esperanzas que abrigaba de substituirme en la conserjería: «Lo mejor que ha podido hacer ese viejo chocho—decíale confidencialmente á su interlocutor—ha sido morir, porque no he visto tío más gruñón ni más...» (Aquí un adjetivo impublicable.)

Me quedé frío dentro de mis pañales al escuchar el cariñoso responso de gratitud que me dedicaba mi protegido.

Sería cuento de nunca acabar si me entretuviera en referir mi historia de mamoneillo, en la que recuerdo con terror pánico el momento crítico de echar el primer diente. ¡Señores, no un diente, eché las muelas, en el sentido recto y figurado de la frase!...

Para evitar el escollo de la pesadez, callo todas estas aventuras, tan extraordinarias como inverosímiles, y me presento al curioso lector—loada sea su curiosidad—lo más dignamente posible que puede ofrecerse un héroe que da sus primeros pasos metido en una pollera.

Lo que mi malicia de viejo sorprendió en la primera mirada que hubo de dirigirme mi caduco papá, no se confirmó, venturosamente, para el buen nombre de mamá, la señora generala.

Su esposo, según supe por los criados, que son los gacetas maldicientes del hogar, fué en su tiempo tan buen mozo como el capitancito de

húsares, su actual ayudante de órdenes; malas lenguas, que nunca faltan, afirman que á papá, en tales calendas, se le rifaban las señoras y señoritas más encopetadas, y que á todas las dejó con un palmo de narices por «su» generala, hermosa criolla que no se casó con un hombre, sino con su uniforme.

El marido era discreto y supo disimular la horrible enfermedad de celos que torturaba los últimos días de su existencia. La criolla quiso encumbrar al ayudante, y aun cuando el general gruñía enfurecido cada vez que su gentil señora solicitaba su apoyo para el capitancete, otorgábaselo, poniendo en juego su influencia, que era mucha. ¿Qué no conseguirán unos labios como claveles caldeados por sangre ardiente, y que saben posarse mimosones y oportunos en los fríos y marchitos de un viejo?...

Hizo rápida y brillantísima carrera el ayudante. Cesó en su ayudantía al cesar de latir el cansado corazón de su jefe, que murió repentinamente, que es la muerte más deseada. Los que estaban en el secreto de la «debilidad» de la generala supusieron que ésta cambiaría las tocas de la viuda por nuevas galas nupciales. Erraron en sus calendarios de medio á medio. La hermosa criolla no era mujer que se conformase con perder el generalato: al verse libre del marido rompió las cadenas amorosas que la unían al ya coronel de húsares, y sintiendo la nostalgia del sol americano, tornó á su país natal.

Quien, andando los años, había de ser mi segundo papá, mariposeó locamente en el jardín de los amores fáciles, hasta el día en que se encontró ridículo en su papel de «mariposón». Y acabó como acaban todos estos vistosos Lovelaces, casándose con mujer joven y guapa, que, como se dice en romance, es buscar tres pies al gato ó caer en la ratonera.

Seguro que papá pensó, después de casado, que había cometido una insigne majadería, encontrándole el hormiguillo que les entra á todos estos terribles burladores del amor. Creyó ver en el lindo mozo, su ayudante, reproducido su terérito.

Y eso que mamá no le pedía nunca mercedes para el de húsares, mostrándose con él poco comunicativa. Bien es verdad que la buena señora era de un carácter reservado y melancólico.

Piensa el ladrón... Y papá, á la sordina, sentíase Otelo furibundo y antojábansele los dedos huéspedes, sin haberse percatado, como yo me percaté á los contados días de mi existencia de rorro, que mamá era en un todo diferente á la criolla; habíase casado con el general como podría haberse casado con un tendero de comestibles, por no hacer en la vida el triste papel de las que se quedan para vestir imágenes.

Su espíritu de inquebrantable rectitud jamás se descarriaría en el camino matrimonial.

A medida que mis músculos se desarrollan y

mi lengua adquiere mayor soltura, es más tremendo el dualismo entre lo que soy y lo que represento.

Me asusta pensar en que la experiencia que adquirí en mi otra vida haga de mí un Salomón con babero. Ser un niño prodigio como lo fué Mozart, dando conciertos á los seis años, es asombroso; pero ser un *bebé prodigio* es inconcebible, ridículo y azorante. Supongamos que papá, que aunque anduvo siempre entre la pólvora no fué precisamente el que la inventó, dice, recordando los tiempos heroicos de la Hélade, que Epaminondas se coronó de gloria en el paso de las Termópilas, y yo advierto, de buenas á primeras, con mi vocecita infantil: «Leonidas, papá, Leonidas.» Es para que el general, la generala y todos los que me escuchan, se caigan redondos y me miren ya siempre, entre recelosos y admirados, como se mira lo inexplicable sorprendente.

Como yo estoy en el secreto, me ciño prudentemente á mi cómodo papel deorro y procuro representarle lo más prosaicamente que puedo.

Muchas veces el niño tiene que violentarse para no descubrir al viejo: á cada paso y á cada momento, el espíritu mío traduciría en palabras lo que siente ó piensa... Me acuerdo de que soy un *bebé*, y á todo me chupo el dedo, para estar más en carácter.

¿Puede darse nada más dolorosamente cómico que un Romeo de mis trazas, ni nada más soberanamente ridículo que un Oteló con chichonera?...

Estoy enamorado y celoso, que son dos males. Ella, la ella inmortal, eje en la vida del hombre, es Clotilde, una preciosa joven parienta de la generala, y que nos visita casi á diario.

No es una hermosura sorprendente; lo más hermoso que ofrece su rostro pálido, que ilumina una sonrisa de apacible resignación, son sus ojos y su boca: sus ojos—claros y serenos, como los del madrigal clásico—saben mirar, ó al menos á mí se me antojan que miran, como ningunos otros ojos de mujer: son miradas de luz que surgen de un alma angelical, tierna, amorosa, capaz de todos los sacrificios y abnegaciones: estas miradas penetran en lo más hondo del ser que miran, y se adueñan de la propia voluntad, y ponen no sé qué de dulce calma y embeleso. Su boca, chiquitita, que parece formada de dos pétalos de rosa, de sutil perfume, cuando besa, produce en la epidermis un suave calor que se difunde por todo el organismo con sensación inenarrable de inquietud y anhelo, de bienestar y de desfallecimiento. En verdad os digo que esta boca y estos ojos me trastornan, conmoviéndome.

Soy un enamorado imposible que jamás podrá confiar á la mujer amada su pasión, para

no caer en lo ridículo, que sí caería, y de la manera más bochornosa é inconcebible, si fuera tan sandio que, arrojando el sonajero y llevándose la mano al corazón—que es como se declaran en escena los galanes—, la dijese lo más románticamente posible:



—¡Te amo!...

Como cosa vergonzosa é inaudita, callo esta pasión que, por ser de viejo, es terrible y avasalladora, y oculto mis celos africanos—ó manchegos, que yo, en mi primera existencia, vi la luz, como nuestro perincrito Don Quijote, en un lugar de la Mancha, de cuyo nombre sí quiero acordarme.

Papá chochea al suponer que su garrido ayudante de órdenes sigue la pecaminosa senda que él siguió en sus mocedades con la criolla... ¡Quiá!... De quien está enamorado el capitancete es de Clotilde. No hay más que observar la cara de bobo que pone y las miradas que le dedica. ¡Cuántas veces, Señor, al sorprender una de estas miraditas, he tenido la insana idea de tirarle á la cabeza el sonajero!

Felizmente para mí, Clotilde no corresponde á tan clarividentes señales de pasión. Tal vez se sienta conmovida, tal vez halagada, tal vez

aceptase, trémula de felicidad, el noviazgo—que no es saco de paja el galán, justo es reconocerlo. Pero á ambos les separa un Rubicón que no pasará seguramente el César este en agraz: el de la pobreza.

Arturo, se llama así el de húsares, como cualquier vulgar héroe de novela romántica, es un espíritu muy de su tiempo, sobrado razonable para sacrificar su porvenir en aras del amor. ¡Si Clotilde no fuese, como es, una pobrecita muchacha que ocupa posición tan mediocre!...

Clotilde, que también posee espíritu razonador, que se hace cargo de su insignificancia, no da pábulo, seguramente, á las locas esperanzas de matrimoniarse con el lindo capitancete. ¡Si se tratara de un modestísimo empleadillo ú hortera, del empaque y hechuras del de húsares!... Clotilde es una de tantas señoritas de la clase media que, desde la niñez, han aprendido cuán áspera y cuál es la existencia para quienes, por razón de su abolengo y de su educación, vense obligados á mantener el decoro de una clase privilegiada, sin medios para sostenerlo: sórdido vivir de sacrificio y de abnegación, en que se lucha á diario por el céntimo.

Clotilde no se resignó á desempeñar el triste papel de señorita de *pan pringao*. Valerosa y resuelta, al enterarse de que se encontraba sola en el mundo, por cuanto su señor papá está desde sus más floridos años en el limbo, el más adecuado lugar de los tontos é ilusos, aprendió el oficio de modista de sombreros, y gracias á lo que le producía su trabajo, vivían decorosamente el padre y la hija.

El tal papá, Don Leonardo Ponce de León y Vizcarrado, descendiente de no sé cuantos hidalgos próceres y homes buenos de Castilla, pero más pobre que las ratas, dió en la flor de pasarse los días en turbio, y las noches en claro, estudiando la prehistoria, y aun cuando, realmente, llegó á dominar tan difícil y nebulosa parte de la Arqueología, no logró ni lograría realizar su sueño dorado de verse académico de la Historia y hacer su nombre tan famoso como el de Lubbock ó Cartet.

Los que estaban al tanto de sus estudios y portentosos descubrimientos relacionados con las edades que precedieron á los tiempos históricos, le proclamaban sabio, sin perjuicio de reírse de sus chifladuras, harto regocijadoras. Don Leonardo jamás hizo otra cosa que estudiar en sus libros y huronear fósiles y piedras en los Museos, y cuanto hallaba á mano en los terrenos que él aseguraba pobló el hombre primitivo; en viajes y libroles gastó su ruin capital.

Se casó con una prima suya, *porque sí*, porque la familia concertó la boda. Hubo en su matrimonio á Clotilde, se quedó viudo, la hija se hizo mujer, y Don Leonardo, impertérrito, apenas si se dió cuenta de tan trascendentales acontecimientos en su hogar.

Cinco lustros llevaba entregado á la composición de su magno estudio de *Iberia prehistórica*, y nada que no se relacionase con su obra distraía su pensamiento.

Hombre excepcional, tipo que causaría las delicias del prójimo, era este portentoso iluso que sólo vivía para su ciencia, sin enterarse de que, gracias á su hija, tal vez diese cima á su arduo empeño, porque si no habriase muerto de hambre sobre sus libracos, víctima de su abstracción y de su inutilidad para la práctica del vivir.

Era un niño grande que sonreía á Clotilde—su nénita del alma—, como la llamaba, en los momentos en que le servía la comida, le arreglaba el cuarto, ó componíale la corbata.

Los días en que retornaba de sus buscas á los altos de San Isidro, ó al Cerro de los Angeles—portentosos é ignotos archivos de prehistoria en la *Mantua carpetana*—, manifestábase hosco é impertinente si salió chasqueado en sus pesquisas; en cambio, cualquier hallazgo, por insignificante que fuese, poníale jubiloso y locuaz: en tales circunstancias, el gran iluso hacíale ver á Clotilde, con infantil regocijo, los maravillosos castillos de su fantasía, y aseguraba formalmente que era un hecho lo de su recepción en la Academia... ¡Se lo había asegurado Gutiérrez!... Gutiérrez era uno de los porteros de la docta Corporación, y con el cual, Don Leonardo, sostenía interminables paliques en la portería, para ir tomándole el pulso al negocio de su candidatura.

Esto de buscar la entrada en una Academia haciendo la tertulia á los porteros, pone de relieve la supina candidez de Don Leonardo y su carencia absoluta del sentido de la realidad. Bien es cierto que el arqueólogo repugnaba solicitar de los «inmortales» lo que él estimaba justa compensación á su ardua labor científica. ¡Bienaventurado Don Leonardo!... No se vió jamás á un espejo y no pudo advertir que con su cara escuálida, rasurada al rape, propia de escribiente de un juzgado, su *chaquet* viejo y lustroso como un hule, y por añadidura lo encogido y pazguato de su carácter, no se sienta mortal ninguno en un sillón académico... Si Don Leonardo luciese calva espléndida, barbas apostólicas, abdomen bien combado, levita impecable y chistera de siete reflejos; si pusiera en su cara un poco de altivez, hablara chinescamente, esto es, por monosílabos y sentencioso, é hiciese la rosca á los señores académicos de mayor influencia, tenía asegurado el triunfo, aun cuando supiese menos de Arqueología que Gutiérrez, el portero de la docta Corporación.

Así las cosas, Clotilde desojábase en su tarea modistil y ponía todo su empeño en rodear al sabio de un plácido bienestar, sin que jamás su rostro tuviera un gesto de reproche, ni su boca una frase de queja ó de cansancio, ocultándole piadosamente la lucha de sacrificio que, en la edad de las floridas ilusiones, entablaba á diario



para agenciar el pan suyo y el de aquel niño grande que la dió el ser.

Al pensar en la vida de abnegación de la pobre niña, mi espíritu de sexagenario exclama, con rabioso despecho, contemplando el cuerpecillo en que se encierra:

—¡Si tuviese veinte años!...

II

¡Los veinte años!...

Me miro al espejo y me veo corporalmente joven, fuerte, robusto, gallardo, y no muy lindo de cara. El viejo de ochenta y cinco años, ni uno más ni uno menos, ríe irónico y rememora con fruición esta segunda existencia en la que ha extremado las muchacherías y botaratadas, tan en su punto en la edad en que nos asomamos al mundo suponiéndole vergel de inacabables venturas.

Mi vida estudiantil en la escuela y en la Universidad no ha ofrecido cosa digna de ser perpetuada en letras de molde.

Como estoy enterado de que en la lucha actual por la existencia triunfa irremisiblemente quien se proporciona mayor suma de conocimientos, me he aplicado á aprender muchísimas cosas que ignoraba. He sido un estudiante modelo: los profesores me han ofrecido siempre á mis condiscípulos como un portento de reflexión y de cordura, asegurándome un porvenir brillante, excepcional: según ellos, seré todo lo que yo me proponga ser.

¿Se cumplirán tan halagadores vaticinios?...

Jamás me las he dado de hombre sesudo con mis compañeros: me habría hecho antipático y víctima de sus vayas. Con la prudencia y la malicia de quien es perro viejo, he seguido la corriente, y he jugado al toro, y al marro, y al «boá», y he hecho novillos á la escuela, y, acordándome de mis ya lejanos tiempos de hombre formal, en los que el chico, que eternamente vive con nosotros, sentía irresistibles deseos de saltar, gritar, correr y jugar como en la niñez, me he desquitado, dando saltos y cabriolas lo mismo que un titiritero de feria, gritando como un salvaje. A ratos, al acordarme de quien yo soy y

verme conmigo mismo en ridículo, he sofrenado mis expansiones. ¡Malditos prejuicios que ahogan en flor las más inocentes alegrías del hombre!...

Estudiante en la Universidad, he sido uno de tantos en lo de hacer birria á clase, por los más fútiles pretextos; he perdido mi tiempo en los billares, me he asomado á las ruinas chirlatas, y he perdido unas cuantas pesetillas; he corrido juergas y aventuras de amor en verbenas y *kermesses*, en los merenderos de la *Bombi*, los Cuatro Caminos, Amanuel y Ventas, con lindas modistuelas, y, á ratos, con alegres y desapoderadas ninfas, tan liberales de lo suyo como de lo ajeno, y por serlo, quedáronse las infelices sin pizca de vergüenza, que derrocharon con chulos y malas personas.

Largas vigiliás he dedicado á reflexionar, lo más metafísicamente que he podido, acerca de la dualidad que entre mi yo corporal y mi yo psíquico existe.

En realidad, la experiencia recogida en lo pretérito no me sirve en lo presente para nada; si acaso, para ponerme en lamentable evidencia.

En mí no deben germinar las hermosas flores de ilusión que en la juventud embellecen el ignorado camino del vivir. Y, no obstante, florecen, y mis ojos se alegran, y mi corazón palpita emocionado, al mentir amores á una de estas chiquillas encantadoras de la aguja, de las que podría ser, ¡horror de los horrores!, su bisabuelo. Se me figura—aprensión de viejo—que son mucho más guapas y seductoras que las de mi época. Como mi espíritu es el mismo de antaño, incapaz de cometer una felonía, no soy ningún terrible burlador de doncellas, antes por el contrario, pongo en mis idilios, nada más que idilios, una ternura paternal.

Cierto que yo guardo en el relicario de mi alma la imagen de Clotilde.

Y á propósito...

Cumplióronse, lógica y fatalmente, mis presunciones. El capitancete de húsares—hoy coronel—no pasó el Rubicón matrimonial para adueñarse del alma que atraía la suya. Siguió luciendo su arrogante figura y su vistoso uniforme, continuó con miradas melancólicas y suspiros á la hija del arqueólogo, la cual continuó, á su vez, fingiendo indiferencia, segura de que en la breve historia de su vida aquel amador sólo dejaría un recuerdo romántico sentimental.

¿Fué por esto por lo que Clotilde cesó en sus visiteos á su parienta la generala?...

Mamá y papá no pusieron gran empeño en retener á su lado á la modista, ni menos aún al chiflado de Don Leonardo. Ya sabéis: parientes pobres y trastos viejos... En cuanto al capitán, me consta que paseó unas cuantas veces la calle de Clotilde, con lo cual acaso gozó ésta horas de risueñas esperanzas, y muchas doncellitas de la vecindad también las gozaron, creyendo que el garrido húsar las dedicaba sus paseos y miraditas. Como la dama vivía en un sotano, miró

el galán muchas veces al cielo... No asomó á él la estrella que guía á los amadores, ni á la ventana la flor pretendida, y el capitán cesó en sus rondas, y otra mujer y otros amores borraron el recuerdo de Clotilde.

Yo también, al ir á la escuela, paseé como el de húsares, la calle, y miré á lo alto, y si atisbaba la encantadora silueta, me alejaba, repitiendo con Bécquer:

«Hoy la tierra y los cielos me sonríen.»

Una tarde no pude resistir la tentación y subí los ciento y pico de escalones que conducían al paraíso de mis ensueños. Tembloroso y emocionado, tiré del clásico cordón de una campanilla. Salió á abrir Clotilde, la cual, ante mi inesperada aparición, quedóse sorprendida y azorada:

—¿Tú aquí, Pepín?...

—Sí, yo—balbuceé—. ¡Tenía tantos deseos de verte!...

—Dios te lo pague... Pasa, hijito, pasa...

Pasé á una habitación aguardillada. Por una gran ventana que se abría al tejado veíase un pedazo de cielo azul, diáfano, riente: un hermoso gato blanco, tumbado perezosamente en el alféizar, en el que había tiestos de rosas y de albahaca, seguía atento el revolver de un moscón rubio.

El cuarto era ruin y el ajuar pobrísimo: lo único de algún valor era la máquina de coser. Clotilde se sentó en una sillita baja, é invitándome á que ocupase otra próxima, reanudó su labor, empleando las azucenas de sus manos aristocráticas en adornar un sombrero monumental.

Pregunté por Don Leonardo, y señalándome una puertecilla entreabierta, me dijo:

—Como siempre, hijito, como siempre; el pobre, á vueltas con sus libros. ¿Quieres verle?...

—No, no; podría distraerle: á quien vengo á ver es á ti.

Y la miré con ansia loca, reprimiendo un impulso irresistible de besar los claveles de sus labios y calmar la sed de amor que me abrasaba.

Renegué de verme vestido á la marinera, las pantorrillas al aire, con el *Fleury* y la Gramática en la mano.

—¿Sabes tus papás que has venido?...

Al oír tal pregunta, sentí alguna confusión.

—No, no se lo he dicho—declaré lealmente.

—Ni se lo digas; se disgustarían.

—¿Por qué?... ¿Qué mal hay en que yo te vea?... ¿No eres de la familia?... ¿No?...

—Sí, tontín, sí—me interrumpió, sonriéndose con amargura—; pero no se lo digas. Eres aún muy niño para entender ciertas cosas... Además, ¡hemos abusado tanto de sus bondades!...

—Sí, si te comprendo—repliqué impetuosamente—. No vas á casa porque...

Y me callé en seco; el viejo iba á cometer una indiscreción.

—¿Por qué, Pepín?—insistió mimosa Clotilde.

—No... por nada... figuraciones mías...—balbuceé—que tú y mamá os habréis enfadado por alguna tontería... ¿verdad?...—

—Sí... eso es...

Continuó nuestro diálogo, y hablamos de cosas fútiles, de niñerías. El rubio moscón zumbaba en el vano de la ventana, y en el cuarto próximo oíase el volver rápido de las hojas de un libro y el toser bronco de Don Leonardo.

Clotilde hubo de hacerme, fingiendo indiferencia, la pregunta que yo esperaba oír desde el comienzo del palique:

—¿Y el capitán?...—

—¿El capitán?—repliqué despectivo y molesto—. Tan fantasioso como siempre...

Clotilde dió un suspiro y puso sus ojos en el pedazo de cielo que descubría la ventana.

A partir de este momento, el diálogo decayó lamentablemente: la modista seguía atendiéndome por monosílabos: su pensamiento cabalgaba en la negra mariposa de la desesperanza.

Hice punto final á la entrevista levantándome de mi asiento.

—¿Te vas ya?...—

—Sí; tu tienes mucho que hacer.

—No importa; si es por eso...

—Además, se me hace tarde para ir á la escuela...

—Entonces...

Y, heroicamente, valiéndome de mi prerrogativa infantil, tendí mis brazos á la amada y besé su boca con fruición de amante.

Fué el último beso que de mí recibiría Clotilde.

Como si en aquella caricia robada hubiese bebido un mareante licor, bajé, como borracho, la escalera, y salí á la calle.

Hay una deidad, á ratos cómica y á ratos trágica—según las circunstancias—, que interviene de continuo en la vida de los mortales: la Casualidad.

Papá y mamá se enteraron de mi escapatoria á casa de Clotilde.

Me amonestó el general, retorciéndose los blancos mostachos:

—Espero no repetirás la visita á señores tan desagradecidos y orgullosos como el chillado de Don Leonardo y la tonta de su niña...

—Papá, yo creía...—repliqué con hipócrita compunción.

—Tú no debes creer nada en este asunto—terminó de decir el general, que era hombre de pocas palabras—. Desde mañana te acompañará á la escuela Rafael. (Este Rafael era el asistente.)



Experimenté al oír la conminación paternal una tristeza infinita y un deseo brutal de protestar de tan ruin proceder para con el infeliz sabio y su hija, tan buena, tan abnegada.

Sollozando, renegué del maldito dinero, que origina tales injusticias y miseriucas.

¡Señor, si yo tuviese veinte años!...

La Intrusa, la implacable liquidadora de la deuda que todos contraemos al nacer, ha saldado la del general. Papá ha muerto, y en el hogar han resonado los llantos de la viuda y los míos—que no lloraba, es cierto, al padre, sino al creador de mi yo corpóreo—y las frases de misericordiosa consolación de sinnúmero de personas

que nos han visitado para testimoniar su duelo por tan «irreparable pérdida».

La Prensa ha dedicado sendos artículos laudatorios, relatando las hazañas del «bravo general». Han publicado su retrato, y los funerales han sido más espléndidos en los periódicos del partido político á que se hallaba afiliado el ilustre militar. El entierro—como era de suponer—ha resultado una imponente manifestación de duelo: SS. MM. dignáronse enviar un representante; el Gobierno, en su totalidad; la plana mayor de la milicia, aristócratas, representaciones de los Cuerpos Colegisladores, políticos y sinnúmero de amigos, constituyen el lucido cortejo; la Guardia municipal montada ocupa la calle, y las tropas han formado, tributando á papá honores de capitán general muerto con mando en plaza.

Fueron de los primeros en acudir á expresarnos su sentimiento el chillado de Don Leonardo y su hija. ¡Qué bonita, qué interesante ofreciese Clotilde vestida de luto, y qué extraordinario el arqueólogo embutido en una levita y cubierto con una chistera escandalosamente pasadas de moda y muy en su punto en la indumentaria de un «prehistórico». La entrevista del padre y de la hija, con mamá, ha sido fría y apropiada á las circunstancias.

En el momento más desgarrador en estos luctuosos lances: el de sacar el cadáver, á mamá rodeáronla muchedumbre de señoras vestidas de negro, muy serias y muy tristes, al parecer, como requería el caso. Yo, inquieto y nervioso, brujeleaba de un lado para otro: desde el salón, convertido en capilla ardiente, á los pasillos. Era casi imposible dar un paso por entre aquel hacinamiento de señorones de levita que ponían en alto el incómodo cubre cabezas para que no lo despeluznara ó abollase el prójimo, y de militares luciendo vistosos uniformes; había en todas partes un zumbido de colmena. Dedicaban al difunto, á su viuda y á un servidor las frases de rúbrica, comentando, sin emoción ni sentimiento, la consabida «pérdida irreparable». En aquella reunión magna, cada cual arrimábase al amigo ó conocido, para charlar de sus asuntos; unos académicos hablaban, en voz baja, de que la próxima sesión sería borrascosa, y de que el candidato tal sería derrotado, porque, ellos, no eran unos borregos para dar sus votos al panaguado del mandón de la Academia, un candidato imposible y grosero, que no se había dignado, siquiera, hacerles una visita, suplicándoles su apoyo; unos compañeros de papá, muy viejos y encorvados por la pesadumbre de los años y la del uniforme, constelado de áureas cruces y placas, preguntábanse, preocupadísimos, si se correría ó se dejaría de correr la escala con la muerte del amigo; otros hablaban del estreno de una comedia, habido la noche precedente; algunos, citábanse para después del entierro; quiénes, lamentábanse de sus propias dolencias; quiénes, referían intimidades de su vida priva-

da, y, quiénes, ponderaban, con entusiasmo, las formas esculturales, la gracia y picardía de una estrella de un *cine*, que, para mayor regocijo del público, bailaba en el traje con que surgió de las espumas del mar mamá Venus, y sin mallas, ¡naturalmente!...

Y el pobrecito general, metido en una caja cubierta de flores y de coronas, y un servidor de ustedes, que presencié tantas veces parecidos espectáculos de duelo, pensando filosóficamente en lo que los espíritus superiores llamamos, con Hegel, las impurezas de la realidad.

Por más que rogué á mamá y á los caballeros que presidieron el cortejo que me permitieran acompañar al general á su última morada, no accedieron á mi súplica. ¿Dónde se ha visto un niño hacer tal cosa?... ¡Como si no hubiese un protocolo á que sujetarse en estos casos!...

Hube de resignarme á permanecer junto á la generala, entre aquellas señoras tan serias y entonadas, que se abanicaban muy de prisa, que permanecían silenciosas, suspirando doloridas á ratos, y á ratos cuchicheaban frases vacuas, del momento; alguna dama, invadida del sopor, quedábase traspuesta, y una sonrisa regocijadora corría por los ceñudos rostros de las que se percataban de la «inconveniencia»; con mayor discreción, otras, pegaban el abanico abierto á su boca para ocultar un fenomenal bostezo de fastidio, de cansancio.

Mamá y yo nos quedamos solos.

¡Y tan solos! De aquella lucida y valiosa muchedumbre ninguno retornó á nuestro hogar: á muertos y á idos... Y con más justificado motivo, si se tiene en cuenta que hubimos de reducir nuestros gastos: papá sólo nos dejó la pensión que nos colocaba en una decorosa medianía.

Nos mudamos de casa: mamá se reservó para el servicio una criada vieja, licenciando al resto de la servidumbre. La pobre señora, desde la muerte de su marido, acentuó la melancolía de su carácter, retirándose prudentemente de la dorada sociedad en la que siempre había figurado. Extremó para conmigo las demostraciones de cariño maternal, y como yo, por lo sensato, resultaba para la generala un mentor, con las panto-rillas al aire, confiábame sus planes para lo porvenir, entre los que figuraba, como es lógico, el referente á la carrera que había yo de emprender.

Quería mamá que continuase la tradición en la familia dedicándome á la milicia, en la cual había de hallar grandes valimientos. Yo, que soy incapaz, en buena hora lo diga, de matar una mosca, me horroriza el cruento espectáculo de la guerra; jamás me he sentido Alejandro, César ni Napoleón. Por algo di fin á mi pretérita existencia en el prosaico y pacífico puesto de conserje.

Después de mucho hablar acerca del asunto, mamá se resignó á que siguiese la carrera de

leyes, que es de las más cortitas, menos costosas y con la cual se puede aspirar á todo en un país como el nuestro, tan plétórico de leguleyos y parlanchines.

Como ya no pesaba sobre mí la vigilancia de un Argos parecido á Rafael, el asistente de papá—que dicho sea en alabanza suya, era el único que de vez en cuando venía á visitarnos—, pensé en volver al paraíso de mis ilusiones.

¡Y cuál no sería mi dolorosa sorpresa al oír de

viejo, gozar de la existencia como mortal alguno ha podido gozarla, porque todos los humanos, cuando son dueños del tesoro de valor incalculable de la experiencia, es precisamente cuando menos pueden utilizarlo, por ser ya viejos y caducos. Y yo podía poner en práctica la frase que tanto repiten en sus postrimerías ricos y pobres, sabios y necios, al rememorar su paso por este mundo traidor, que dijo el poeta:

¡Si se volviera á nacer!...



labios de la portera que Don Leonardo y su hija habían tendido el vuelo sin tomarse la molestia de dar las señas de su nuevo domicilio!

Cierro el paréntesis que necesariamente hube de abrir en mi historia, para referir los hechos más notables que me acaecieron hasta llegar á la edad, para mí tan deseada, de los veinte años.

III

Mozo ya, no mal parecido, hijo de un general, con el título de doctor en leyes, y, sobre todo, con la experiencia que recogí en diez y siete lustros de vida espiritual, podía, sin causar el asombro público, toda vez que ya no existía el dualismo entre mi cuerpo de niño y mi espíritu de

Todo lo veía, ¡ay de mí, incauto manchego!, á pedir de boca, y con tanta ó más ilusión que si viniese al mundo por vez primera. ¿No era yo una especie de Fausto, aunque sin la sabiduría del portentoso amador de Margarita?... La vida y los hombres no tenían para mí secretos...

Fatuamente me declaraba catedrático en mundología, nuevo Catón, ó lo que es lo mismo, hombre experimentado; competiría en prudencia con la propia Minerva, y en astucia con Ulises.

El amor, la amistad, el interés... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!...

Estaba exento de cometer las mil tonterías que, por ignorancia, cometen los mortales.

Al principio, ¡necia vanidad!, dándomelas de advertido en todo, y de no tener secretos para mí el corazón humano, caí en la más espantosa de las manías, en la de dudar hasta de mi propia sombra: estado terrible que acibara la exis-

tencia del que lo sufre, preparándole á morir de un derrame bilioso.

Aun en las cosas más fútiles, sentíame receloso y hostil.

Nada más natural é inocente que, al salir de casa, le dé á uno el portero los buenos días. ¿Verdad?... Bueno, pues yo gruñía como el gitano: «¡la tuya!», y salía furioso contra aquel hombre que disfrazaba su pensamiento hipócrita y miserablemente: sus «buenos días», debía traducirlos en un: «¡Así revientes, imbécil!» Aquel pobre diablo, al verme á mí, el señorito del principal, comparaba, seguramente, su «perra suerte» con la mía, tan venturosa y cómoda, al parecer: él, un albañil, con mujer, suegra y cuatro hijos, venía de la obra, de exponerse á dar un salto espantoso desde el andamio, y, rendido de fatiga, veíase en la necesidad de limpiar la escalera ó de emprender otra enojosa faena para ayudar á la seña Trini, que harto tenía la infeliz con cuidar los cuatro crios y cuidarse el histérico, que, un día sí y otro también, ponía á la muerte; la suegra estaba paralítica, y sólo servía para rezar y gruñir en el chiscón de la portería, y ponerle faltas á todo y á todos; los chicos eran de la piel del diablo y comían como sabañones, según confesión maternal. Juan, como toda la familia, comía patatas y judías, con poco aceite, y después de yantar tan ruin, acostábase en un camastro indecente, en el rincón de una guardilla. Un hombre en estas circunstancias, ¿puede desear sinceramente «buenos días» á un señorito como yo?...

Lógica, señor, lógica.

Y así, por el estilo, todo: iba al café, y en la solicitud del mozo hallaba un servilismo que crispaba mis nervios.—No es por mí—refunfuñaba—por lo que te muestras tan atento, sino por los cochinos diez céntimos que esperas recibir.

Las muestras afectuosas de los conocidos—yo negaba tener amigos—me obligaban á preguntarme:—¿Qué irá á pedirme este ciudadano?...

En todos los actos del prójimo creía sorprender la causa egoísta que los motivaba. La vida, vista á través de las gafas del pesimismo, es tormento irresistible.

Reaccioné, gracias á la lectura de un cuentecillo que leí no sé dónde, y que, mal contado, venía á ser algo parecido á esto:

En un rincón de la Hélade había, en los tiempos heroicos, un hombre tan equitativo en administrar justicia entre sus conciudadanos, que Minerva, en premio á su rectitud, rogóle designara el don que quería recibir de los dioses. Pidió el hombre que, para ser justo en todo, le diese el poder de penetrar en lo más recóndito del pensamiento ajeno. Fuéle concedido el don, ¡y qué no vería el hombre, que, al poco tiempo, emprendió el viaje al Olimpo, y rogó á los dioses, como la mayor ventura que podían concederle, que hicieran desaparecer de sus ojos aquel torturador poder suyo de asomarse á la conciencia de sus prójimos!

Sometí mi voluntad á verlo todo, tal como se

me ofrecía, sin enojosas presunciones, que, tal vez, fueran realidades: para la tranquilidad propia es prudente envolver seres y cosas con el pudoroso velo del convencionalismo, palabra que vale por todo un tratado filosófico de mundología.

Admiremos la flor, aspiremos su perfume y finjamos ignorar que tiene espinas. Seamos como los espectadores teatrales; ¿y qué otra cosa que un teatro es el mundo?... Goce mos con el espectáculo, sin amargarnos el goce de la ilusión, pensando que las decoraciones son el conjunto de horribles brochazos sobre una tela grosera, y que son, en realidad, reyes y princesas, ó lo que quiera que sean, los que intervienen en la fábula, no unos histriones pintarrajeados que se cubren con pelucas y se presentan con joyas de similar, y fingen rasos lo que casi siempre es percalina.

Un viejo debe ser, ante todo, benévolo: sus ojos experimentados han de poner misericordiosa disculpa en donde, los que no le igualan en edad, ponen acre reprobación; él sabe cosas del vivir: pasó por lances espinosos; en la piedra del tiempo aquilató la pureza de los afectos, y su cerebro y su corazón son archivo de las miserias y de las pesadumbres que le acarreó su aprendizaje en el tráfico mundanal. Hay un adagio que hermana á los viejos con los niños. ¿A qué aderezar este guisote de la existencia con celos y malicias?...

¡Seamos bondadosos, y aunque sepamos que nos engañan, finjamos ignorarlo si queremos vivir en paz y en gracia de Dios!...

Aun cuando el cuerpo es mozo, el espíritu es sobrado caduco para entablar la lucha que la gente joven, llevada de un noble impulso, entabla para conquistar las posiciones más elevadas y brillantes: prefiero la *aurea mediocritas* que ponderó Horacio; una vida de quietud y de sosiego. Con mi título de doctor en leyes, no me tentó la loca vanidad de ser en el foro una lumbrera, ni me dió el naípe por lanzarme á la candente arena de la política. Me conformé con ser un insignificante tornillo en la complicada maquinaria de la administración del Estado. Salieron á público concurso veinte plazas; los opositores habían de ser abogados. Y aquí que no peco, presenté mi solicitud. Trescientos y pico éramos los concursantes, y yo, que me reconozco en todo un vencejo, no águila, no osé, en esta Zamora de mi porvenir, luchar con quince; en vez de romperme la cabeza estudiando, rompí las suelas de los zapatos en buscar me una recomendación de «veras», y si bien no me lucí gran cosa en el examen, saqué una de las placitas, con lo cual me aseguraba lo más importante que ha de asegurarse quien no es rico por su casa: el miserable puchero.

¡Y que me entrasen moscas!

Mi primer paso en la vida práctica era deci-

Para entretener mis ocios oficinescos compuse el siguiente

DECALOGO DE LA PRUDENCIA

I. No perder nunca la ecuanimidad, ni desear que las cosas sean de otro modo que son.

II. No enamorarse de veras.

III. No confiar á nadie los propios pensamientos.

IV. No ser sincero en juzgar los actos del prójimo, que decir verdad acarrea disgustos y enemistades.

V. No contraer deudas, ni prestar un céntimo.

VI. No discutir la opinión ajena, ni mezclarse en los asuntos de los demás, y menos en los de los matrimonios.

VII. No solicitar empleos para ningún hijo de vecina.

VIII. No aceptar invitaciones para nada.

IX. No apasionarse por el juego, las mujeres, la bebida, los toreros, los cómicos y los políticos.

X. No caer en la necedad de encolerizarse sin motivo, hablar sin provecho, cambiar por capricho, preguntar sin objeto, fiarse de un extraño, y no distinguir los amigos de los enemigos.

Gran parte de este decálogo fué inspirado en las máximas de Epicteto, San Jerónimo, y en los proverbios árabes.

Para la seguridad personal y «monetaria», hice firmes propósitos de no subir *jamaís de la vie* en automóvil ni en aeroplano; no embarcarme, no acudir á los médicos (en esto me sentía «quevedesco»); no tener criados; no dormir sin una pistola Browning al alcance de la mano; no meterme en aperturas; no asistir á los regocijos públicos, ni á fiestas regias; no llevar en los bolsillos más que calderilla, *et sic de cæteris*, que resultaría harto prolijo el inventario.

Yo, que estaba con mi destino como el pez en el agua, dí en la flor—no en falde mi espíritu anidó en el cerebro del conserje de *La Abeja Hispana*—de «sentirme» autor dramático.

En los ocios que me proporcionaba mi empleo burocrático—la ociosidad es madre de todos los vicios—escribí, *invicta Minerva!*, versos y dramas. No obstante, á mí me parecían asombrosas manifestaciones de un ingenio fértil. Sintiéndome tan osado como los melenudos de *La Abeja*, me lancé á todos los peligros, y publiqué coplas en semanarios de esos que, afortunadamente para los que los suscriben, no lee nadie; rodé por los *cines* con mis papeles en el bolsillo, y seguí el calvario que siguen los autores noveles, menos faltos de meollo que yo, que, al fin, soy casi casi un «prehistórico». Cuando sufría algún desaire, que es lo único que cosechan los poetas ebenes y autores chirles—como se denominaban en mi época los Emerguncios de la péñola—, entablaba en la soledad de mi gabinete muy razonables soliloquios:

—Pero ven acá, mentecato. ¿Hasta tal punto has perdido la sindéresis que no adviertes lo ridículo de tus afanes al meterte con más años que la Cuesta de la Vega en estos fregados literarios?... ¿Qué móvil te guía?... Insólita vanidad de hacer famoso tu nombre. Y puede que lo consigas, á la manera de aquel Pascual y Torres, inolvidable «dramaturgo» malagueño que, en su obra magna, *¡A la mar!*, decía, por boca de la protagonista:

«Desde el balcón distingo

que es domingo.

¡La paseante reunión,

mano á la labor, á la labor!»

¿Qué necesidad tienes de hacer antesalas, sufrir sofiones y ponerte en evidencia en tertulias de teatrillos y de periodiquines?... ¿O crees tú que por haber estudiado la Retórica y saber aconsejantar «mundo» con «profundo» eres ya un genio de la Poesía?... ¡Vaya, Matusalén, vaya, es cosa de risa este prurito que te ha entrado de querer sentarte en el Parnaso: sólo se sientan los jóvenes de espíritu, no los decrepitos como tú. Continúa, continúa arrellanándote en tu poltrona oficinesca, revisando expedientes, que es lo que aconseja la prudencia, y no te rompas el magín... No es el oficio este de poeta como el del herrero ú otro cualquier oficio mecánico, en donde la práctica da la maestría: nunca pasarás de ser un mal aprendiz.

A pesar de discutir tan cuerdamente, volvía á las andadas; los viejos somos tozudos, y no nos damos á partido tan fácilmente.

Yo estrenaría un dramita, ¡vaya!, y veríamos si es tan fiero el león como lo pintan.

En la vida, los sucesos son como las cerezas que se sacan de una banasta, que detrás de la primera que se coge salen enredadas una porción; mis afanes de autor dramático lleváronme á cometer sinnúmero de torpezas, entre las cuales recuerdo aún con espanto unos amores perniciosos que hube de entablar con la dama joven del *cine*, en que, á fuerza de perseverancia, *colóqué* mi dramita.

Era un encanto la chiquilla—valga de atenuante á mi proceder majadero. Además, debo declarar que siempre han despertado en mí un gran entusiasmo las hembras guapas: en mi primitiva existencia fui lo que se dice un *galantuomo*, y tuve, como cada quisque, mis aventurillas amorosas, alguna de las cuales me proporcionó morrocotudos disgustos. Pero quien no se arriesga...

Vuelvo á lo de mi dama del teatro: lo desconocido tiene misterioso poder de atracción, y yo, de amoríos de entre bastidores, estaba en el a b c. Sabía lo que de oídas sabe todo el mundo, que son los más endiablados que puede buscarse un hombre.

Emilia, se llama Emilia la «estrella» del *cine*, no puso grandes obstáculos á mis pretensiones: yo era un autor de la casa, del que podía esperar que el Dios Exo me sonreía—algún medro

en su carrera artística... Recibí el «anhelado sí» en la obscuridad de una selva, que esto representaba el telón de foro, una tardecita en que, aprovechando un momento de pausa en los ensayos, hube de declararme á la gentilísima actriz. Juro que ninguna mujer produjo en mí emoción tan honda como Emilia al corresponder á mis ansias de enamorado. Iba yo á ser el «fulano» de la Fulanita, la primera figura del cine, la que traía á mal traer á empresario, autores y cómicos, que la adulaban servilmente por ser la única que atraía público, de aquella muñequita toda nervios y caprichos, que, á diario, celebraban los periódicos y que entusiasmaba al «respectable». Hinchido de vanidad, creía haber conquistado, nuevo Jason, el vellocino de oro, y miraba despectivamente á todo el mundo... del cine.

Para que todo fuera como las propias rosas en esta calaverada de viejo verde, la mamá de la niña, que era toda una señora mamá, no vió con malos ojos que enamorase á su *Mili*, y aceptaba, con sonrisa de tigre satisfecho, las cenas que, á la salida del teatrillo, rumbosamente pagaba á la madre y á la hija, y casi siempre á algún gorrón de la compañía que se nos agregaba fingiéndome una de esas amistades efusivas de cómico; me tuteaba y halagaba mi vanidad de autorcillo, proclamándome, á la hora del yantar, un dramaturgo que venía á quitar muchos moños...

Hay un refrán—perdonad si *sanchopanceo* más de la cuenta—que dice que no se pescan truchas á bragas enjutas. Y no es tan de rositas, como yo me figuré, lo de ser el «fulano» de una «estrella». Por lo pronto, encuéntrase uno siempre puesto en ridículo y sirve de blanco á la chusma de entre bastidores, mayormente en estos teatrillos donde todo se vuelven críticas, chismes y enredos. ¡Qué gente, señor, la de la farándula, y qué modo de vivir el suyo, siempre en comedia!...

Mili, la encantadora *Mili*, era insaciable en lo de atentar á mi flaco bolsillo: que hoy unas botas; que mañana un vestido para el estreno; que unos dijes, que un... ¡demonio!, y coche para ir al ensayo, y cena á la salida de la función, y siempre, por pitos ó por flautas, un continuo chorreo.

Para no hacer mal papel, sin advertir que peor no podría hacerlo, anduve en tratos con los Matatías que tienen la bondad de prestar sobresueldos del Estado, al seis por ciento mensual. El mío veíase ya comprometido seriamente con aquel teje maneje usurario. .. sabiendas, «hacia el primo» de una manera escandalosa; pero *Mili* era tan guapa y *sugestiva*, estaba yo tan locamente enamorado, que no advertía que la niña era como los gatos, que, cuando quieren algo, muéstranse cariñosotes y zalameros, y bufan indignados si no se salen con la suya. Emilia mostrábaseme mimosa y apasionada en los momentos en que pretendía asaltar mi bolsillo:

su Pepito era el mejor y el más simpático de los hombres. Una vez hube de negarme, con harto sonrojo, á costear uno de sus infinitos caprichos. ¡Cielos santos, qué gesto puso la niña, qué indignación, qué rociada de palabrotas!... Yo era un tal y un cuál, yo no merecía ser querido como ella me quería: yo era un Don José camandulero, insoportable—é hipaba, fingiéndose desconsoladísima—. ¡Y la mamá, la terrible mamá?... Rabiosa, puesta en jarras, y con vocabulario de verdulera en bronca, me insultó, llamándome cosas feas, de esas que le ponen á uno la cara al rojo escarlata. Matusalén, un servidor de ustedes, hecho un doctirino, arrepentido de su negativa, implorando misericordia y prometiendo el oro y el oro... ¡Oh, el carácter de los hombres!

¡Y para esto, escriba usted el *Decálogo de la prudencia*!...

Me he dado una vueltecita por *La Abeja Hispana*, y la primera sorpresa recibida me la ha proporcionado García, el ingrato García, que, en la actualidad, desempeña el cargo de conserje, en el que yo acabé mis días primitivos. Está todo calvo, hecho una pasa; su cuerpo se encorva ridícula y exageradamente. He charlado con él de cosas de un pretérito, que sólo los dos conocemos. Se ha azorado hasta la estupefacción; con ojos de susto, y tartamudeando, me ha preguntado quién yo era que tales cosas sabía. Me he encogido de hombros, y me he despedido diciéndole sentenciosamente que la ingratitud es el pecado más repugnante que puede cometer el hombre; y saqué á colación la escena de mi bautizo. Le he dado un mal rato á este agradador de Segismundos.

Otras grandes sorpresas me esperaban al discurrir por los salones de *La Abeja* y ver la labor realizada por el tiempo. En cuatro lustros, ¡qué transformación tan radical se ha operado, física y espiritualmente, en los que yo dejé jovencitos, melenudos y maldicientes, que usaban cachimba!

«Quien ayer fué Zutaniillo,
hoy el Don Fulano arrastra.»

Algunos de los «abejorros» son ya señores barrigudos, calvos, de venerable aspecto, que figuran como prohombres en la política conservadora. Sonrien benévolos, ó protestan iracundos, según el genio, al oír, á su vez, á la nueva generación de señoritos vocingleros que, también como ellos antaño, fuman en pipa, beben ajeno, no se peinan, ni se lavan, dáselas de escépticos y abominan de la tradición y de los viejos. ¡Pobres viejos, tan desdeñados por la juventud! Como si en el caminar de la vida mediase una eternidad entre el riente crepúsculo matutino y el melancólico del atardecer!...

—¡Cosas de chicos!—refunfuñan los que fueron—. Exaltación de la sangre moza. Yo también fui como éstos demagogo, revolucionario, meti

ruido en esta casa y en otras muchas, lancé virulentas diatribas contra todo lo estatuido y sancionado... hasta que me enteré, felizmente, de que debía mudar de bisiesto, y dar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. Contemporizando con todo el mundo he logrado ser senador, académico, gran personaje, echar panza, fumar ricos habanos, tener coche. ¡Oh, juventud, tan hermosamente sincera como impulsiva!...

Yo no sé cómo ni por quién; lo cierto es que la generala se ha enterado de mis devaneos «cinematográficos».

La infeliz señora, tan grave y austera, tan desconocedora del mundo, que toma por artículo de fe que los escenarios son antros de perdición, y los faranduleros, primos, ó cosa así, de Lucifer, ha recriminado mi conducta, calificándola de «aleve». ¡Yo, el hijo de un general, entregado á cómicos y usureros!...

La escena ha sido terrible y bochornosa; mamá ha llorado de pena y de vergüenza al verme en tal camino de perdición. Sus labios han modulado, al final de la filípica, una disculpa maternal: «Eres tan joven, hijo mío, que ignoras, claro está, los peligros en que te aventuras.»

No he podido reprimir un gestecillo impertinente. ¿Yo joven? ¿Yo ignorante de la vida?... Para calmar á la infeliz he prometido, hipócrita, huir de la «cinematografía».

Locura manifiesta es esta pasión «ancestral» por una niña. Lo sé, y no obstante, de día en día, estoy más «colado» con *Mili...* y con los usureros.

La bancarrota es inevitable: apenas si cobro la cuarta parte de mi sueldo; lo prudente sería romper con la damisela, huir del *cine*; pero, no soy un héroe, y me dejo arrastrar por la corriente.

Confío en que el buen éxito de mi obrilla, que ya está en ensayo, me saque á flote. Además, he tenido la suerte loca de entrar como *reporter* de un periódico diario, de los de última fila. Veinte duros me ofrecen al mes por estar hecho un azacán, hurgando «sucesos»: el Gobierno civil, el Juzgado de guardia, el lugar de la catástrofe, si hay catástrofe, y el Depósito judicial, son los sitios encantadores á que concurrimos los encargados de redactar la *crónica negra*, que es la sección más leída de los periódicos.

El director me ha encargado que asista hoy domingo á una solemnidad académica: el «especialista» está con una tremenda fluxión de boca, y sería cruel que, en cumplimiento de su misión trascendental, concurriese á la recepción del sabio que le ha tocado en turno meter las



narices en la docta casa, y acabase, al oír el discurso, por rabiarse de las muelas. Compañerismo obliga, y poniéndome el traje de las grandes solemnidades, enderecé mis pasos hacia la Academia.

El salón de actos lo ocupa, en su totalidad, un selecto concurso, en el que predominan los señores de calva escandalosa, y las damas tocadas con descomunales sombreros, que impiden ver lo que ocurre en el estrado presidencial, que no es cosa mayor: unos señores respetabilísimos, viejos y calvos, en su mayoría, vestidos de etiqueta, sentados á una mesa monumental, que cubre un tapete de terciopelo carmesí, y otro señor, el recipiendario, de pie, leyendo su discurso de entrada.

Es tarde invernal; por los amplios balcones del salón penetra una luz tristonía, que acentúa el tono de cera de la mayor parte de las caras de los concurrentes.

Lee el nuevo académico un tanto azorado, y el concurso le escucha con la cortesía innata en estas solemnidades: las señoras, que son las que más se aburren en las mismas, disimulan,

lo mejor que pueden, un mortal bostezo de cansancio; los jóvenes, más que en la lectura, ponen su atención en las muchachas guapas que están al alcance de los ojos; sólo los señores de la calva no pierden el hilo de la oración académica, y aun cuando muchos no se enteran, por ser sordos, ó no llegar hasta ellos la voz-cilla del lector, mueven la cabeza como asintiendo, ó murmuran discretamente: «¡Muy bien! ¡Muy bien!»

A medida que avanza el conspicuo lector en su discurso, lato y lata—y no es juego de vocablos—, siéntese la entonada asamblea invadida de un sopor irresistible; los más nerviosos se revuelven en sus asientos como si les picara un tábano: se tose, se carraspea, se nota un desasosiego que la cortesía trata, en vano, de reprimir; en todos los ojos asoma la fatiga y á todos los labios esta pregunta: «Pero, ¿cuándo acabará ese señor—hay quien le llama tío, sin ser sobrino suyo—de decir cosas que no entendemos ni nos importa?... ¿Cuándo llegará al *He dicho*?...»

Y no llegamos á escucharlo porque ocurre algo insólito: dominando la monótona canturía del discursante, oyense, clara y distintamente, unas exclamaciones entonadas con voz de rabiosa desesperación, que no tienen nada de académicas: «¡Eso es mío! ¡Mío!... ¡Me lo han robado!»

Calla el lector, se levantan los señores de la presidencia, corren, de un lado para otro, los porteros; se azora el público; todos nos ponemos en pie, sin saber por qué, instintivamente; las señoras preguntan con angustiosa ansiedad: «¿Qué ocurre?» «¿Hay fuego?» «¡Por Dios!, ¿qué pasa?» Alguna sensitiva se desmaya. Unos caballeros se suben sobre los asientos, y gritan, tendiendo los brazos como si iniciaran un «pianissimo»: «¡Nada, no es nada, señores; calmarse!»

Me acuerdo de que soy periodista, me abro paso entre la alterada muchedumbre, y llego hasta la mesa presidencial. El cuadro que se ofrece á mi vista es pintoresco: la mayoría de los «inmortales» rodean al recipiendario, que, livido, trémulo, con las gafas de oro en la punta de las narices, protesta airado, apretujando las hojas impresas de su discurso; otra porción de señores se apelotona en torno de dos figuras que no veo: una de éstas grita enfurecida, la otra, con voz femenina, parece murmurar una súplica; los porteros de la Academia van de un lado para otro, procurando apaciguar los ánimos, explicar lo sucedido.

Me encaro con un señor panzudo, cuya cara está al rojo, y que entre resoplido y resoplido, gruñe indignadísimo:

—Este espectáculo es vergonzoso, intolerable. Debiera saberse á quién se dan las invitaciones.

—¿Qué es? ¿Qué ha ocurrido?...

—¡Calle usted, por Dios! Un loco que dice que es suyo el discurso de Manzanique... Figúrese

usted, ¡Manzanique!, una eminencia científica, de fama universal...

—¡Ah, vamos; creí que se trataba de algo más grave!...

El señor gordo me contempla estupefacto

—¿Y le parece á usted poco grave esto?...—me replica, puestos los ojos en blanco.

—Sí, sí, tiene usted razón, ¡horrible!—afirmo con tibieza, y me acerco donde se encuentra el «loco»; dos servidores de la Academia le tienen cogido por los brazos, y, materialmente, le arrastran hacia una de las puertas de salida. Protesta ya con voz ronca el infeliz, un pobre viejo, estrafalariamente vestido, con una levita que debió ser cortada en tiempos de Prim: el sombrero de copa ha debido perderlo en la refriega.

Me fijo en aquel viejo y me quedo atónito de sorpresa.

—¡Don Leonardo!—grito emocionado, y mi estupefacción es inenarrable al reconocer en la señora que le acompaña á Clotilde.

Hemos salido á la calle: Don Leonardo en su estado de tremenda sobreexcitación; su hija, nerviosa y angustiada, y yo, como el guardia del sainete, sin volver de mi «apotesis», porque la Clotilde de este encuentro azaroso y azarante no es ¡ay! ni sombra de aquella muchacha tan linda, de ojos claros y serenos como los del madrigal clásico. Se ha avejentado miseramente: su cutis ha perdido su morbidez, los pétalos de rosa de sus labios han empalidecido y hebras de plata surcan sus ya lacios cabellos: sólo conserva el encanto de su sonrisa.

Al bajar la escalera de la vetusta casona me he dado á conocer á mis parientes: la sorpresa ha sido inaudita para Clotilde; Don Leonardo ha abierto un paréntesis á su indignación, y yo, deseando sustraer lo más rápidamente posible al padre y á la hija, de la hostil curiosidad que los sigue en su vergonzosa huida, al salir á la calle los he obligado á tomar un coche que los conduzca á su domicilio: ambos resistíanse tenazmente á aceptar mi invitación.

—Iremos á pie—ha dicho ella.

—¡Eso es, á pie!—ha repetido el viejo—; es mucho mejor.

—Pero, ¿por qué?...

—¡Como no tenemos costumbre!...—ha replicado Clotilde.

Venzo su resistencia haciendo notar que Don Leonardo no puede ir en pelo por las calles: el vetusto sombrero de copa se le ha ido de entre las manos en el tumultuoso incidente.

Subimos los tres al carruaje.

Clotilde y yo charlamos; el viejo, acurrucado en el coche, permanece en un silencio sombrío. Rememoramos «nuestros» tiempos. La historia de «ella», desde que no nos hemos visto, es la de siempre, la que continuará hasta que Dios sea servido de llamarla á Sí y poner término al calvario recorrido por esta mártir de la ab-

negación filial, que, digna, silenciosa, resignada, lleva una pesada cruz... Al hablar de aquel niño grande, le mira con infinita ternura.

En voz baja me da la noticia de que el sabio puso fin á su *Iberia prehistórica*, y me refiere la cruel odisea del pobre viejo, rodando de aquí para allá, con su manuscrito bajo el brazo, ofreciéndoselo á los editores; solicitando el apoyo del Estado; presentándole en los concursos académicos. Nadie le hace caso: le toman por uno de tantos infelices que han perdido la chaveta.

Clotilde, con voz que suena á lágrimas, me dice muy bajito con profunda convicción:

—Papá no es un loco, no... El pobrecito, por sus distracciones, tal vez parezca que está chiflado algunas veces... ¡Estudia tanto!... Si publicaran su obra, aunque tarde ya, reconocerían lo mucho que vale. Pero, ya sabe usted, Pepe—ya no nos tuteamos—, que nos persigue en todo la desgracia. Hoy no quería yo asistir á esta fiesta, ¡estamos tan mal de ropa!... Presentía, además, no sé por qué, que nos sucedería algo desagradable... Papá, que es como los niños, puso la cara tan triste cuando le indiqué la conveniencia de que nos quedáramos en casa, que accedí a acompañarle... Y ya ve usted lo que nos ha ocurrido, el escándalo que ha dado papá y el bochorno que nos han hecho pasar... Yo no sé si papá estará en lo firme al asegurar que el discurso de ese señor está tomado de su obra... ¡Vaya usted á saber!... ¡Ha corrido tantas manos!...

Procuro consolar á Clotilde y encarrilo la conversación hacia otros temas: en nuestro diálogo hay pausas é indecisiones.

Clotilde ha preguntado por mamá, y como si no le diera importancia ninguna, por aquel capitán de húsares, ayudante de papá.

—¿Les visita á ustedes?...

—No; no nos visita!—he replicado con profundo desdén—. Al morir papá dejó de visitarnos.

—Se casaría...

—Tal vez...

Sigue una pausa dolorosa; afortunadamente, el coche ha llegado al término del viaje, deteniéndose delante de una casa de vecindad de sórdido aspecto, en una de esas callejas de los barrios bajos, angostas, mal olientes, sin luz, sin aire...

Clotilde y su papá, efusivamente, me dan las gracias y me invitan á tomar descanso en su vivienda. Pretexto una ocupación urgente y me despido en un estado sombrío de alma. El tiempo, implacable enterrador de ilusiones, acaba de sepultar la más hermosa que forjé en mi doble existencia.

¡Por fin, voy á estrenar!...

Los que por su buena ventura no se metieron en estos trotes teatrales, ignoran lo que representa para un autor primerizo asistir á los ensayos de su obra, escuchar en boca ajena, que, á veces, es de ganso, el diálogo de los persona-

jes creados por su fantasía, que no le suena como suyo; ver sometidos á su voluntad al puñado de cómicos que han de interpretar su pensamiento. ¡Las esperanzas, los desalientos, la inquietud, la ansiedad, las energías que derrocha el malaventurado autor que cree, ¡pobrecito!, que el mundo está pendiente de su estreno.

¡Vanidad de vanidades!

¡Qué día para mí tan emocionante! El ensayo general, «con todo», ha sido desastroso: los faranduleros no daban pie con bola; recitaban sus papeles á regañadientes, equivocándose, sin dar colorido á las frases ni relieve á las figuras; Emilia, la protagonista, ¿cómo no?, ha estado nerviosa, torpe, sin entrar en la situación del personaje, diciendo los parlamentos como si rezara de mala gana: atribuyo tan inaudito proceder á un exceso de buena voluntad hacia mí, que la inquieta y perturba sus facultades artísticas.

Anonadado, angustioso, preveo una catástrofe. El cómico más malo de la compañía, Regulez, el inevitable Regulez, que hace siempre de traidor en las obras, se acerca á mí y me dice frotándose las manos, sonriente, gozoso:

—¡Esto marcha, Don José, esto marcha! ¡Qué éxito nos espera!

Creo que se burla de mí, y airado, refunfuña:

—Pero, ¿no ve usted cómo lo hacen?...

Regulez, imperturbable, replica:

—¡De perlas! A ensayo malo, representación excelente, es sabido. Las obras más aplaudidas son las peor ensayadas.

Termina el ensayo y observo que los intérpretes de mi drama desfilan sin decirme «por ahí te pudras», con el gesto trágico y el mirar airado.

Mili se acerca para decirme secamente:

—¡Hasta luego!

—Pero, ¿no quieres que te acompañe?...

—¡No! ¡Adiós!

—Escucha, mujer, no te vayas así... ¡Oye!, ¿qué te ha parecido esto?...

—¿Esto?...—Emilia hace un gesto harto significativo de desdén, que yo traduzco: «¡Valiente majadería!»

Se va, y estúpidamente la miro partir: dentro de mí parece que acaba de dar un martillazo.

—¡También ella!...

Me hallo solo en el patio de butacas, sobre el que cae la luz triste de un atardecer invernal: los carpinteros «ponen» el decorado para las funciones de la noche. Maquinalmente me dirijo hacia la salida: en la puerta surge un bulto que me dice, sin más preámbulos:

—¡Habrás usted visto que *eso* es imposible!...

El que me habla es Don Fulgencio, el empresario, y *eso*, mi obra.

—¿Usted cree?...—insinuó turbado.

—¡Que esta noche nos tiran patatas!—afirma áspera y cruelmente el autócrata del *cine*.

—¿Patatas?—repito anonadado, temblándome las piernas.

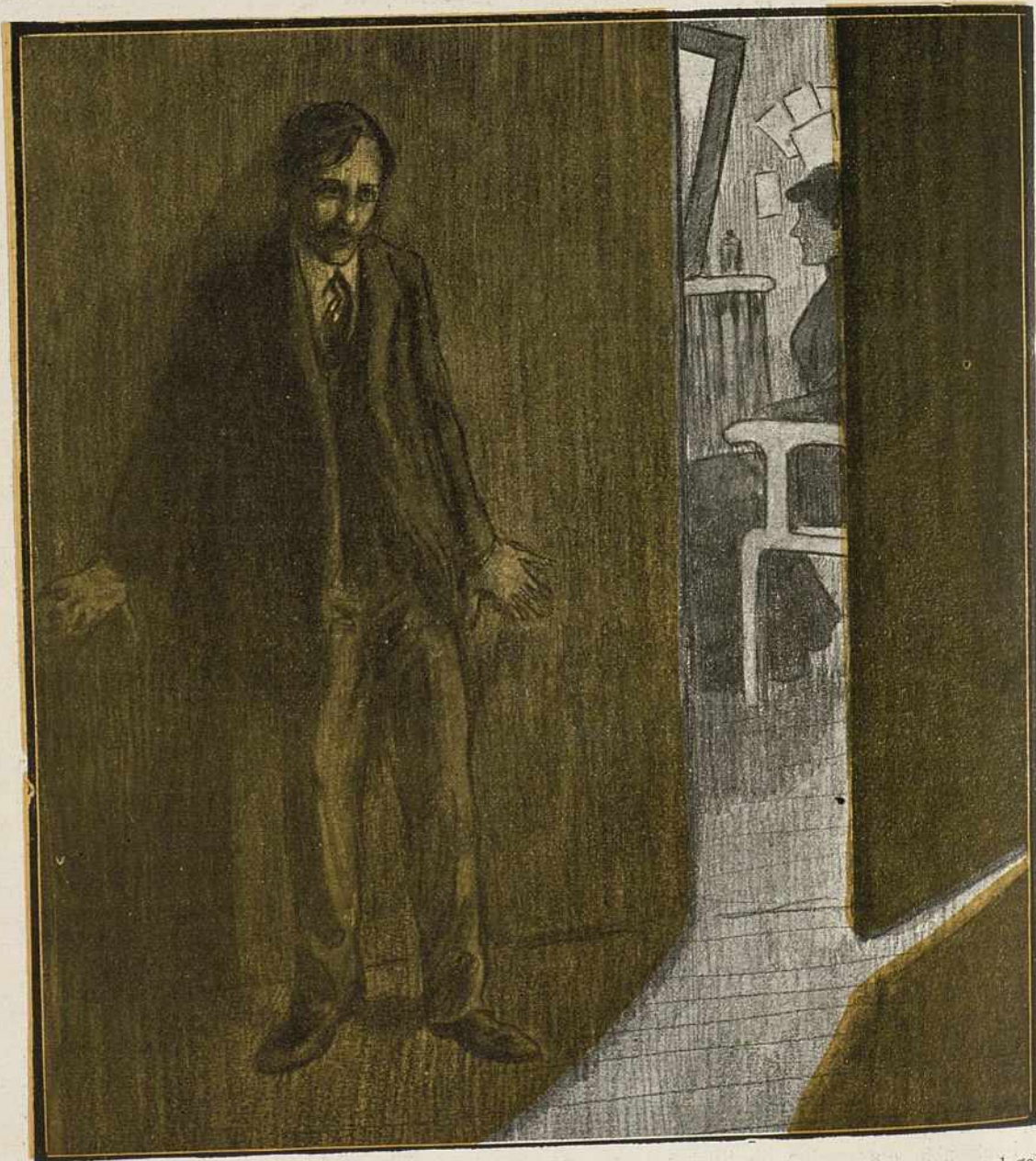
—¡O cebollas!... ¡Algún «tubérculo»!...

—Pero, ¡por Dios, Don Fulgencio! Usted me dijo al leerle la obra que era una preciosidaz, así, con z y todo, y en los ensayos, aseguraba usted que «eso» era una *Capilla de Lanuza*... ¿En qué quedamos?...

—En que nos tiran patatas, pollo—insiste groseramente—. Pero, en fin, pase lo que pase, no

Salgo del cine, renegando, *in mente*, de la menguada hora en que me sentí autor dramático, y sumido en muy lúgubres reflexiones, vago á la ventura, por las calles, mirando á cada momento mi reloj. Esta noche he sabido lo que dura un minuto... ¡Una eternidad!...

Han sillado los «morenos» y los «blancos»; al-



es cosa ya de quitarla del cartel. Vamos al estreno; pero, conste, amiguito, por lo que pueda tronar, que va sólo esta noche, ¿se enterá usted bien?, esta noche. Y nada de venirme con la monserga de reclamarme las otras dos «forzosas», si pasa á medias... ¡Ni las doy, ni las pago!...

Voy á replicarle; pero, Don Fulgencio, aprovechándose de mi estupefacción, ha hecho «mutis».

gunos espectadores han hecho el burro, el gallo y el perro desde que se alzó el telón, y, al final, han pedido ¡la cabeza del autor!, acompañando tan misericordioso pedimento de un acompasado y formidable bastoneo.

Ha caído el telón, y con él, ¡ay de mí!, ha caído miserablemente el castillo de todas mis ilusiones. Los cómicos, como si huyesen de una quema, han abandonado el lugar de la catástrofe, haciendo ¡fu! *Mill* ha desfilado también, di-

ciendo
gada.»
sido tú
cado a
bufidos
Anor
entrada
nen c
ellos,
cartel,
que lo
—¿Q
¡Poquit
El en
iracund
—¿No
¡Que ne
¡Si teng
Siento
con Do
dean; p
lo viole
llo, tam
Ya á
indecisi
¡Estoy t
consolac
Al ir a
sorpre
tadas y
—¿Te
pito en
La alu
pego el
—Serr
—Sup
espárrag
—¡Ni
—¡Cho
Yo est
de pause
hombrun
—¿Tan
Y suer
dijo el p
—¡Per
No es
merino».
labrotas,
quien di
«traidor»
serable»
dré serrin
manos p
Mill, n
ha gritad
famoso y
tado un n
pias nari
La lucha
randulero
donos: oi
Mill, que

ciéndole á Regulez: «Esta ya me la tenía yo tragada.» Y Regulez ha asentido:—¡Y, yo; no has sido tú sola!—La mamá de mi ídolo me ha dedicado al pasar, junto á mí, uno de sus más feroces bufidos.

Anonadado, me refugio en el saloncillo: á mi entrada todos enmudecen; mis compañeritos ponen cara de funeral de menor cuantía; uno de ellos, á quien mi obra quitaba un hueco del cartel, me dice, tendiéndome las manos:—¡Lo que lo siento, chico! ¡A otra!

—¿Qué has de sentirlo, hipócrita?—reflexiono—. ¡Poquito que te alegras!...

El empresario, con la cara fosca y el acento iracundo, se acerca, diciéndome:

—¿No se lo decía yo á usted, pollo, esta tarde?... ¡Que nos iban á tirar patatas!... Pues, ¡velay!... ¡Si tengo yo para esto un ojo «clínico»!...

Siento impulsos locos de arremeter á puñadas con Don Fulgencio y con todos los que me rodean; pero, afortunadamente, me doy cuenta de lo violento de mi situación, y salgo del saloncillo, tambaleándome, borracho de amargura.

Ya á la puerta del *cine*, tras un momento de indecisión, me determino á ir al cuarto de *Mili*. ¡Estoy tan necesitado de oír una frase de cariño, consoladora!...

Al ir á entrar en el cuarto de *Mili*, me detengo sorprendido dolorosamente: oigo grandes risotadas y una voz hombruna que dice:

—¿Te has enterado ya de lo que tiene ese Pepito en la mollera?...

La alusión es tan directa, que, bellacamente, pego el oído á la entornada puerta.

—Serrín—oigo decir á mi ídolo.

—Supongo que le habrás mandado ya á freir espárragos.

—¡Ni que decir tiene!...

—¡Choca! Te traes pupila.

Yo estoy aterrado, inmóvil: hay un momento de pausa, y vuelve á sonar, *pianissimo*, la voz hombruna: *Mili*, muy queditamente, interroga:

—¿Tan pronto?...

Y suena algo así como rumor de besos—que dijo el poeta, y una exclamación á la sordina:

—¡Por Dios, Luis, á ver si entra mamá!...

No es mamá, soy yo el que entra en el «camerino». Ciego de rabia, barboteo no sé qué palabrotas, y caigo, fieramente, sobre mi rival, á quien digo, ni más ni menos que si fuera el «traidor» de un melodrama: «¡Es usted un miserable!» Y continuo silbando la frase: «Yo tendré serrín en la mollera, pero no lo tengo en las manos para estrangular á un canalla.»

Mili, naturalmente, á mi violenta aparición ha gritado espantada, y el Don Luis, periodista famoso y gran esgrimidor, se queda desconcertado un momento, hasta comprobar con sus propias narices que no son de trapo mis manos. La lucha ha tenido un rápido desenlace: los faranduleros han invadido el «camerino», separándonos: oigo una voz, la de la fiera madre de *Mili*, que grita:

—¡Que lleven á la cárcel á ese tío indecente!...

Don Luis, limpiándose con el pañuelo el rostro, ensangrentado, ha dicho, mientras me arrastraban hacia el pasillo:

—Recibirá usted noticias mías.

—¡Las espero!—he replicado con gallarda entereza.

El duelo con mi compañero en la Prensa es inevitable.

Asqueado de la pobre moral, que tan al descubierto se me ha ofrecido esta noche; rendido de cansancio el cuerpo, y el magín convertido en olla de grillos, llego á mi casa, y me encierro en mi gabinete.

A plomo, como masa inerte, caigo en el diván, y con los codos apoyados en las piernas, y la cabeza entre ambas manos, doy rienda suelta á mis pensamientos, mientras que el llanto anubla mis ojos.

Y encarándome conmigo propio, me digo:

—¡Oh, ilustre majadero!, ¿de qué te ha servido ser en espíritu un Matusalén y dártelas de Moisés de la experiencia, componiendo las tablas prudenciales?... Tu segunda existencia ha sido más azarosa, más desatinada y estúpida que la primitiva. Te has dejado llevar de todo cuanto al hombre produce dolor y zozobra, y has cometido incalificables tonterías. Imprudentemente, has ido tejiendo la red en que se dejan aprisionar por la Desgracia los que no saben ver la realidad de las cosas, y en saber verla consiste la experiencia... Tú, como tantos otros, has tenido ojos y no has visto. No por ser viejo sino por ser prudente se adquiere la sabiduría para vivir de manera cómoda y apacible, como quería el fraile inmortal:

«Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
á solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo.»

Si hubieses sido tan experimentado como prometían tus ochenta y pico de años, ¿habrías intentado, siquiera, *pulsar la lira*, «hacerte» periodista, escribir dramas, enamoricarte de una cómica, ponerte en ridículo, ser *primo*, á sabiendas, y majadero hasta el límite de arriesgar tu flamante cuerpo á ser agujereado por un pedazo de níquel ó el acero de un matachín?...

.....
Morfeo, piadosamente, cerró mis ojos.

Soñé que me encontraba en el terreno del honor, á él había acudido ya mi rival, tan fresco, como que estaba en mangas de camisa. Yo, la verdad, temblaba como un perro chino. Por muy majaderamente que se viva, es uno agradecido con su cuerpo, y no es cosa de gusto ir *motu proprio* á que se lo estropeen malamente, ó se lo conviertan en polvo.

Por la negra honrilla (y aunque corría un vienecillo que helaba), me quedé yo también en mangas de camisa y empuñé una espada... Mis

carne, en tal momento, eran de gallina, no sé si por el frío, ó por el miedo. Dirigi en torno mío una mirada recelosa: vi á mis padrinos y á los de mi rival, y al médico, todos vestidos de negro, muy estirados, muy serios, que me miraban como diciéndome: «¡En la que te has metido, compadre!» A prudente distancia había un pelotón de curiosos, formado por periodistas, conocidos míos, que venían «de oficio» para referir, parabólicamente, cómo se habían agujereado la piel «nuestros queridos compañeros en la prensa»; con cierta zozobra columbré en el grupo á mis Matatías, que parecían difuntos por sus caras de cera y su aire de duelo; á los faranduleros del cine, á Mili, á su mamá, á Don Fulgencio, á mis compañeros de oficina, ¡un horror! Y más lejos, con cara de susto y de emoción, al general y á la generala, mis papás, al que fué capitancete galán, con su vistoso uniforme de húsar; á García, el ingrato García, mi sustituto en *La Abeja*; á Rafael, el asistente del general; á Don Leonardo y á Clotilde, que me miraban los pobrecillos, transidos de dolor, y, cerrando el círculo, á los abejorros, á los señoritos melenudos de *La Abeja*, que, seguramente, me llamaban imbécil por ponerme en una mañana de Diciembre, en pleno campo, en mangas

de camisa, blandiendo heroicamente la espada para vengar... ¿que?...

Sonaron las consabidas palmadas, y.....

—¡Voy!—digo desperezándome.

Manuel, el sereno, continúa aporreando con el regatón del chuzo el cierre metálico.

Me refriego los ojos y miro aterrizado en derredor mío...

Me encuentro en mi camastro de la conserjería.

Estoy aún bajo el influjo de una atroz pesadilla...

No recuerdo nada de ella; á mi memoria sólo acude el *Spoliarium*, tal como se encontraba la vispera, al atardecer, ocupado por los «abejorros» que discuten á gritos.

Y en mis oídos resuenan, clara y distintamente, las palabras de uno de aquellos melenudos que interviene en la discusión y que afirma sentenciosamente:

—El *homo sapiens* es un animal de costumbre que, si viviera cien vidas, en todas y en cada una repetiría las mismas necedades, sin que le sirviese de nada la experiencia adquirida en existencias pretéritas...

Alejandro Larrubiera

Ca

Reci

te sus

español

3.ª Bo

Co

Se v

Para t

Nú

Año I.—Pr

1.º Gregorio

nio Zozaya: 1

tipo Trigo: 11

figa: La sole

do.—15. Manu

ruño.—18. Al

tero: La mad

rubiera: La

26. F. Serran

Segundo s

le: La leyend

Al «jallo».—33

Almas errante

lomero: Don

las cosas.—41

Nirro.—44. M

Huberlo.—47.

Apeles Mestre

Año II.—Pr

nuel Linares

muestra».—57.

de la bolera.—

63. Ramón A.

negocio.—66. I

Rios: Madrid

Picón: Rivalet

yes: El Niño d

món M. Tenre

Segundo se

Senderos de

dio Frolo: Las

plana.—87. A.

Cayetano Fernández

Recibe en México El Cuento Semanal y admite suscripciones para éste y demás periódicos españoles, dentro y fuera de la capital.

3.ª Bolívar, 33

Apartado 1.658



“LE COQUET”

Peluquería de señoras

12, CALLE DEL DESENGAÑO, 12

Postizos última novedad. Casa especial en tintes para el pelo y lavados de cabeza. Se peinan señoras y se dan lecciones.

Colecciones de EL CUENTO SEMANAL

(De los años 1907, 1908, 1909 y 1910)

Se venden en esta Administración al precio de **25 pesetas**, lujosamente encuadernadas

Para todo cuanto se relacione con la publicidad en **El Cuento Semanal**, dirigirse á D. Juan Pérez D. Aragón, Fuencarral, 90, bajo

Números publicados de EL CUENTO SEMANAL

- Año I.—Primer semestre.**—1.º Jacinto Octavio Picón: *Desencanto*.—2.º Jacinto Benavente: *La sonrisa de Gioconaa*.—3.º Gregorio Martínez Sierra: *Aventura*.—4.º Eduardo Zamacois: *La cita*.—5.º Salvador Rueda: *La guitarra*.—6.º Antonio Zozaya: *La maldita culpa*.—7.º Emilia Pardo Bazán: *Calá uno...*.—8.º Joaquín Dicenta: *Una letra de cambio*.—9.º Felipe Trigo: *Reveladoras*.—10.º José Francés: *El alma viajera*.—11.º Eduardo Marquina: *La caravana*.—12.º Juan Pérez Zúñiga: *La soledad del campo*.—13.º Pedro de Répide: *Del Rastro á Maravillas*.—14.º Manuel Bueno: *Guillermo el apasionado*.—15.º Manuel Linares Rivas: *La espuma del champagne*.—16.º Pedro Mata: *Ni amor ni arte*.—17.º Amado Nervo: *Un sueño*.—18.º Alejandro Sawa: *Historia de una reina*.—19.º F. Villaspesa: *El milagro de las rosas*.—20.º S. y J. Álvarez Quintero: *La madrecita*.—21.º Sinesio Delgado: *El fin de una leyenda*.—22.º Ramírez-Angel: *De corazón en corazón*.—23.º A. Larribia: *La conquista del jándalo*.—24.º Mauricio López-Roberts: *Las tres reinas*.—25.º Colombine: *El tesoro del castillo*.—26.º F. Serrano de la Pedrosa: *¡Por mala!*
- Segundo semestre.**—27.º Pablo Parellada: *Pompas de jabón*.—28.º Ramón Pérez de Ayala: *Artemisa*.—29.º Manuel Ugarte: *La leyenda del gaucho*.—30.º Mariano Vallejo: *Deuda pagada*.—31.º Arturo Reyes: *La Moruchila*.—32.º Angel Cuerra: *Al «jallo»*.—33.º Rafael Leyda: *Santificarás las fiestas*.—34.º Cristóbal de Castro: *Luna, lunera...*.—35.º Ricardo J. Catarineu: *Almas errantes*.—36.º Francisco F. Villegas (Zeda): *Confesión*.—37.º Claudio Frollo: *Cómo murió Arriaga*.—38.º Antonio Palomero: *Don Claudio*.—39.º Pompeyo Gener: *Últimos momentos de Miguel Servet*.—40.º Carlos Luis de Cuenca: *Lo que son las cosas*.—41.º J. López Pinillos: *Frente al mar*.—42.º Blanca de los Ríos: *Las hijas de D. Juan*.—43.º Julio Camba: *El desbarro*.—44.º Miguel Sawa: *La muñeca*.—45.º Luis Bello: *El corazón de Jesús*.—46.º J. Ferrándiz: *El «Dies iræ» de San Huberto*.—47.º A. R. Bonnat: *Un hombre serio*.—48.º Alberto Insúa: *Las señorilas*.—49.º J. M.ª Salaverria: *El literato*.—50.º Apeles Mestres: *La espada*.—51.º Blanco-Belmonte: *La ciencia del dolor*.—52.º Rafael Salillas: *Quiero ser santo*.
- Año II.—Primer semestre.**—53.º NÚMERO-ALMANAQUE: *Del camino*, por Joaquín Dicenta. Precio: 50 céntimos. —54.º Manuel Linares Rivas: *Un fiel amador...*.—55.º Antonio Zozaya: *Cómo delinquen los viejos*.—56.º Eduardo Marquina: *«La muestra»*.—57.º Arturo Gómez-Lobo: *La senda estéril*.—58.º Sinesio Delgado: *Espíritu puro*.—59.º Pedro de Répide: *El solar de la bolera*.—60.º Eduardo Zamacois: *El collar*.—61.º J. Francés: *Mientras las horas duermen*.—62.º Gabriel Miró: *Nómada*.—63.º Ramón A. Urbano: *El barbero del usta*.—64.º Pascual Santacruz: *Nobleza obliga*.—65.º José M.ª Matheu: *Un bonito negocio*.—66.º Leonardo Sherif: *Los cuernos de la luna*.—67.º Francisco F. Villegas (Zeda): *La fábrica*.—68.º Blanca de los Ríos: *Madrid goyesco*.—69.º Felipe Sassone: *Viendo la vida*.—70.º y 71.º Benito Pérez Galdós: *Gerona*.—72.º Jacinto Octavio Picón: *Rivales*.—73.º G. Martínez Sierra: *Torre de marfil*.—74.º A. Hernández-Catá: *El pecado original*.—75.º Arturo Reyes: *El Niño de los Caireles*.—76.º F. García-Sánchez: *Historia romántica*.—77.º Felipe Trigo: *El gran simpático*.—78.º Ramón M. Tenreiro: *E ibrujamiento*.
- Segundo semestre.**—79.º Cristóbal de Castro: *Las insaciabiles*.—80.º Joaquín Dicenta: *La gañanta*.—81.º Colombine: *Senderos de vida*.—82.º Salvador Rueda: *El poema de los ojos*.—83.º José Santos Chocano: *La cruz y el sol*.—84.º Claudio Frollo: *Las cuatro mujeres*.—85.º Eduardo Marquina: *Corneja siniestra...*.—86.º Mauricio López-Roberts: *En la cuarta plana*.—87.º A. Zozaya: *La princesita de Pan y Miel*.—88.º Pedro de Répide: *Noche perdida*.—89.º Manuel Ugarte: *La sombra*.

de la madre.—90. Pedro Mata: *Cuesta abajo*.—91. F. Serrano de la Pedrosa: *El «Emperador»*.—92. Joaquín Dicenta: *Galerna*.—93. J. Benavente: *Nuevo coloquio de los perros*.—94. A. Martínez Olmedilla: *Por dónde viene la dicha*.—95. Condesa de Pardo Bazán: *Allende la verdad*.—96. J. Ortiz de Pinedo: *La dicha humilde*.—97. Eduardo Zamacois: *El paraltico*.—98. Felipe Trigo: *Las posadas del Amor*.—99. J. M. Salaverria: *Mundo subterráneo*.—100. A. González Blanco: *Un amor de provincia*.—101. J. López Pinillos: *Los enemigos*.—102. Antonio Zozaya: *La bala fría*.—103. Condesa de Pardo Bazán: *Belcebú*.—104. Juan Pérez Zúñiga: *El cocodrilo azul*.

Año III.—Primer semestre.—105. Manuel Bueno: *El talón de Aquiles*.—106. Enrique López Alarcón: *La Cruz del Cartao*.—107. J. Téllez y López: *Mater admirabilis*.—108. R. Urbano: *La Santa Fe*.—109. F. Flores García: *El padrino*.—110. G. Martínez Sierra: *Egloga*.—111. Felipe Trigo: *Lo irreparable*.—112. J. J. Lorente: *Fueros de la carne*.—113. J. Benavente: *¿A ver qué hace un hombre?*.—114. Cijes Aparicio: *La venganza*.—115. F. Periquet: *Exhausto*.—116. López de Haro: *Vulgaridad*.—117. Cristóbal de Castro: *La bonita y la fea*.—118. Eugenio Sellés: *Ensueños de muñecas*.—119. Luis Calpena: *Un milagro del Arte*.—120. Pedro Mata: *La celada de Alonso Quijano*.—121. R. del Valle-Inclán: *Una tertulia de pena*.—122. José M. Matheu: *Entre el oro y la sangre*.—123. Alberto Insua: *Cómo cambia el amor*.—124. Pedro G. Mañá: *Idioma morisca*.—125. Ricardo León: *Amor de caridad*.—126. F. Serrano de la Pedrosa: *La broma*.—127. Emilio Carrère: *El dolor de llegar*.—128. Eduardo Marquina: *Beso de oro*.—129. Guillermo Hernández: *Pedazos de vida*.—130. José Francos Rodríguez: *La hora feliz*.

Segundo semestre.—131. Eugenio Noel: *Alma de santa*.—132. Luis de Tapia: *Así en la tierra*.—133. Juan A. Cavetany: *La Niña de los rubios*.—134. Luis Antón del Olmet: *Por qué soy un bohemio*.—135. E. Menéndez y Pelayo: *El suote*.—136. Bernardo Herrero Ochoa: *La esfinge de hielo*.—137. Luis Huidobro: *Carucho*.—138. Federico Urrecha: *El suicidio de Regules*.—139. J. Pous y Pagés: *El hombre bueno*.—140. Alfonso García del Busto: *Sueño de hogar*.—141. Benigno Varela: *La Terrorista*.—142. Andrés González Blanco: *El castigo*.—143. Francisco Villaspesa: *El último Auderra-man*.—144. E. Gómez Carrillo: *Nuestra Señora de los Ojos Verdes*.—145. F. Falero Marquina: *Rara avis*.—146. Felipe Trigo: *A todo honor*.—147. Ramón Pérez de Ayala: *Sentimental Club*.—148. Carmen de Burgos (Colombine): *En la guerra*.—149. Rafael López de Haro: *Del Tajo en la ribera*.—150. Eduardo Marquina: *Rosas de sangre*.—151. Martínez Cuercas: *Semana de Pasión*.—152. Concepción Gimeno de Flaquer: *Una Eva moderna*.—153. Alberto Insua: *El crimen de la calle de...*.—154. Carlos Fernández Shaw: *El poema de Caracol*.—155. Luis Canovas: *El obstáculo*.—156. Sofía Casanova: *La princesa del amor hermoso*.—157. Miguel Ramos Carrión: *La reina de los Madgyares*.

Año IV.—Primer semestre.—158. Salvador Rueda: *El poema a la mujer*.—159. Pedro de Répide: *Un cuento de viejas*.—160. Dorio de Gádex: *Por el camino de las tonterías...*.—161. Arturo Reyes: *De mi almízar*.—162. Vicente Almela: *La senda triste*.—163. Joaquín Belda: *Un baile de trajes*.—164. Carlos Miranda: *Mi niña*.—165. Benigno Varela: *Reclutamientos de mi vida*.—166. Antonio M. Viérgol: *La tragedia política*.—167. Felipe Sassone: *En carne viva*.—168. Joaquín Dicenta: *El idilio de Pedrin*.—169. Waldo A. Insua: *Vida truncada*.—170. Prudencio Canitrot: *El señorito rural*.—171. Angela Barco: *Femina*.—172. A. Hernández Catá: *La distancia*.—173. E. Marquina: *Fin de raza*.—174. Antonio de Hoyos y Vinent: *La reconquista*.—175. Luis Huidobro: *La casa número 13*.—176. José María Tenreiro: *La agonía de Madrid*.—177. Emilio Carrère: *Elvira la espiritual*.—178. Gustavo Vivero: *Amelia*.—179. Concha Espina de Serna: *La ronda de los galanes*.—180. Mark-Twain: *El capitán Tormenta*.—181. Anatole France: *Kommi «el Atribata»*.—182. Francisco Rodríguez Marín: *Azar*.

Segundo semestre.—183. León Tolstoy: *Valor*.—184. Felipe Trigo: *Además del frac*.—185. Colette Willy: *Mi alma era cautiva*.—186. Alberto Insua: *La camarera del Bar Inglés*.—187. Alfonso Daudet: *Calvario*.—188. Charles Bau laire: *La Fanfarlo*.—189. Antonio de Hoyos y Vinent: *La estocada de la tarde*.—190. Robert L. Stevenson: *El diablo embolado*.—191. Manuel Linares Rivas: *Lo que no vale la pena*.—192. Emilio Carrère: *Aventuras de Amber, el luchador*.—193. Eça de Queiroz: *El difunto*.—194. José M. Salaverria: *Nicéforo, el tirano*.—195. Paul Hervieu: *Los ojos verdes y los ojos azules*.—196. Juan Tomás Salvany: *Quinientas pesetas*.—197. Benigno Varela: *La humilde curiosa*.—198. Joaquín Belda: *No hay burlas con el casero*.—199. A. González Blanco: *Idilio de a ea*.—200. Emiliano Ramírez Angel: *La ventud, ilusión y compañía*.—201. José Francés: *La venganza del río*.—202. Augusto Martínez Olmedilla: *El precipicio*.—203. Federico Jaques: *La última jugada*.—204. Alejandro Larribiera: *Tía Paz*.—205. Julio de Hoyos: *Evangelina*.—206. Mauricio López Roberts: *Mar adentro*.—207. Luis Antón del Olmet: *La risa del fauno*.—208. Pedro de Répide: *Un conpirador de ayer*.—209. NÚMERO EXTRAORDINARIO, López Silva: *El patio tranquilo*.

Año V.—Primer semestre.—210. Francisco Villaspesa: *La venganza de Aischa*.—211. Eugenio Noel: *El rey se divierte*.—212. Isaac Muñoz: *Los ojos de Astarlé*.—213. Manuel Aranaz Castellanos: *El cojo, campeón*.—214. Arturo Reyes: *Sangre gitana*.—215. Emiliano Ramírez Angel: *Historia sin desenlace*.—216. José M. Matheu: *Después de la caída*.—217. J. López Pinillos: *El ladrónzuelo*.—218. F. García Sánchez: *Pastorela*.—219. Vicente Pastor: *Los amores de Vicente Pastor*.—220. Antonio de Hoyos y Vinent: *La pantera vieja*.—221. Waldo A. Insua: *Cinematógrafo provincial*.—222. Eugenio Noel: *El crimen de un partido político*.—223. José Francés: *El hombre que veía la muerte*.—224. P. Conrado Muñoz Sáenz: *El problema de Job*.—225. Luis Antón del Olmet: *La canción del juglar*.—226. Luis Huidobro: *Promeleo*.—227. Emilio Carrère: *El divino amor humano*.—228. Joaquín Belda: *La «season» de Bayas*.—229. Pedro Luis de Gálvez: *La Rosa Blanca*.—230. Pedro de Répide: *Las cartas de la azafata Cloe*.—231. Eduardo Barriobero: *La cofradía de los mirones*.—232. Eugenio Noel: *Don Oliverio XXIV de Bombón*.—233. Javier Valcarlos: *Acaso*.—234. Manuel Linares Rivas: *Las alondras*.—235. Augusto Martínez Olmedilla: *Un milagro en Lourdes*.

Segundo semestre.—236. Emiliano Ramírez Angel: *La primavera y la política*.—237. Jesús R. Coloma: *Por una navela un alma*.—238. Carmen de Burgos (Colombine): *El honor de la familia*.—239. Pío Baroja: *Adiós a la Bohemia*.—240. Antonio Asenjo: *El amante de corazón*.—241. Luis Huidobro: *Un droguero a «Siete Picos»*.—242. F. Serrano de la Pedrosa: *Rabos de lagartijas*.—243. Antonio Roldán: *Cómo caen las niñas cursis*.—244. Antonio de Hoyos y Vinent: *San Sebastián Citerca*.—245. Enrique Amado: *De sol a sol*.—246. José Alsina: *El cabo de las Tormentas*.—247. Prudencio Iglesias: *Los aventureros del gran mundo*.—248. Diego Martín del Campo: *Trini la peñadora*.—249. Pedro de Répide: *La buena fama*.—250. Ramón Pérez de Ayala: *Exodo*.—251. Alberto Insua: *El padre y el hijo*.—252. José Francés: *El misterio del Kursaal*.